Batilde

la américa del
norte e 1775

BATILDE,

Ó LA AMÉRICA DEL NORTE EN 1775.

BATILDE,

Ó LA AMÉRICA DEL NORTE EN 1775.

DRAMA HISTÓRICO EN CINCO ACTOS,

ESCRITO EN FRANCÉS *POR MR. ESCRIBE*,

Y TRADUCIDO POR

D. ANTONO GARCIA GUTIERREZ.

Madrid.

Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1835.

PERSONAGES.	ACTORES.
LORD GAGE, *gobernador de Boston.*	D. M. Furnier.
MIS HENRIQUETA, *su hija.*	Doña B. Lamadrid.
LIONEL LINCOL, *coronel de dragones de Virginia.*	D. A. Pacheco.
ARTUR, *capitan del mismo regimiento.*	D. G. Perez.
ZAMBARO, *Bohemio.*	D. J. G. Luna.
BATILDE, *su sobrina.*	Doña M. Diez.
SIR COKNEY, *secretario del gobernador.*	D. J. Lombia.
JAKSON, *mozo de posada.*	N. N.

SOLDADOS AMERICANOS.

MARINEROS.

PUEBLO.

El primer acto pasa en la casa de campo del lord Gage, á dos leguas de Boston; el segnndo, tercero y cuarto en la posada de la Corona, cerca del mar, y el quinto en el palacio del gobernador.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon de una quinta: puerta al fondo y dos laterales. La puerta de la derecha del actor es la de la habitacion de Henriqueta. La de la izquierda la del gabinete del lord Gage. Habrá una mesa cubierta de papeles cerca de la puerta del gabinete.

ESCENA PRIMERA.

LORD GAGE. (*Sentado delante de la mesa con algunos papeles en la mano.*)

Dos partes sobre un mismo suceso, y ambos contradictorios: ¿á cuál debo dar fé? Mi conciencia íntima me persuade que el oficial americano es culpado, pero... si le castigo no faltará quien grite que abuso de mi autoridad y que cometo una injusticia. Sin embargo, yo no puedo consentir como gobernador y como inglés que se insulte á un oficial de S. M.... y despues de lo que aqui leo... "Ayer en un numeroso concurso, lord Ruven, oficial de nuestro ejército, brindó por el rey Jorge y por la antigua Inglaterra. Un oficial americano que se hallaba frente de él levantó lentamente su vaso y esclamó: *A la prosperidad de la América*; y todos los concurrentes le respondieron con aclamaciones unánimes. El oficial inglés se creyó insultado... y en un desafio que tuvo efecto

esta mañana nuestro compatriota ha perecido. El agresor es sir Artur Winkerton, capitan de dragones de Virginia, y no dudamos de la justicia de V. E. que castigará á un americano que ha tenido la osadía de dar una estocada á un oficial inglés." ¡Los dragones de Virginia! Este regimiento se ha marcado siempre por su mal espíritu, y es cabalmente el que manda Lionel. Esto me hace desconfiar de mí mismo... Tengo muchos motivos para desear que sea culpable.

ESCENA II.

HENRIQUETA. LORD GAGE.

Gag. ¿ Quién viene? ¡mi hija! ¿qué quereis, Henriqueta?

Henr. Perdonad... señor... yo os incomodo...

Gag. Es cierto, pero... no importa. ¿Qué motivo te trae... habla.

Henr. ¡Ah! señor... qué motivo... ¿Cuál pudiera ser sino el deseo de veros...? Os lamentais de no encontrar en vuestra casa la dicha y la paz; os quejais de la ternura de mi madre y de la mia... ¿pero cómo os hemos de dar pruebas de ella? Aqui mismo, en vuestra casa de campo, mi presencia os incomoda... lo conozco; y ocupado en vuestros negocios, no os atreveis á consagrar un momento al amor de una esposa, á la ternura de una hija.

Gag. Tal vez tienes razon, pero... tú sabes, querida Henriqueta, la pena que me devora

hace muchos años. Por ver si conseguia aliviar mi dolor busqué en la carrera de los empleos y de la ambicion un remedio á mis males. ¡Ay! estos honores, estas dignidades que tanto anhelaba, no me han hecho olvidar mis males sino para hacérmelos sentir de nuevo con mayor violencia.

Henr. Una razon mas para venir á olvidarlos cerca de nosotras. Durante el dia, como representante de S. M., como alto dignatario, enhorabuena, es muy justo... pero por la noche prestaos á vuestros amigos y á vuestra familia. La indisposicion de mi madre no la permite salir de su habitacion; ¿por qué no vais á visitarla?

Gag. ¿Para qué...? para encontrar allí por la noche las discusiones políticas que me han fatigado en la mañana; porque gracias á Dios, vivimos en un tiempo en que cada casa tiene su club, su orador particular, y el espíritu de partido ha dividido de tal modo las familias, los parientes mas íntimos, que en mi misma casa no estoy seguro de que mi muger y mi familia tengan la misma opinion que yo.

Henr. ¿Qué decis?

Gag. ¿Me crees tan poco astuto que á pesar de tu silencio no haya conocido tus verdaderos sentimientos? Si, hija mia, yo he leido en el fondo de tu corazon y lo sé todo... hasta tu amor á Lionel.

Henr. ¡Cielos! ¿qué ha podido haceros creer...? Yo no he mirado nunca á Lionel sino como á un hermano... educada con él...

Gag. Un hombre oscuro, desconocido, hijo de un comerciante, cuyos títulos estan en la

caja de su padre, y que se cree militar porque brilla con alguna distincion en la milicia del pais... milicia despreciable y sedentaria, que nunca ha visto el fuego del enemigo, y que no está compuesta sino de americanos.

Henr. ¡Ah! vos despreciais demasiado á esos pobres americanos; el orgullo inglés...

Gag. ¿Qué dices...?

Henr. ¿Os falto al respeto defendiendo la patria de mi madre? ¿Qué culpa tengo yo si no habiendo visto la Inglaterra ni Londres, de que vos me hablais contínuamente, prefiero el pais en que vi por primera vez la luz del dia, y miro á sus habitantes como á mis amigos y hermanos? Se les oprime, ellos se quejan... y son tan desgraciados... ¿Os ofendo, señor, implorando por ellos?

Gag. No; pero acuérdate de que corre por tus venas la sangre inglesa, y no olvides que una jóven de tu edad no debe tener partido ni opinion, á no ser la de su padre. Pero volvamos á Lionel; hace tiempo que no viene por aqui.

Henr. No señor... y no sé por qué causa.

Gag. En otro tiempo venia casi todos los dias.

Henr. Es verdad; y nos hablaba siempre de sus proyectos, de su madre, de quien era la única esperanza, y sobre todo de su patria; esta patria que tanto despreciais vos, y de que él está tan orgulloso, y que quisiera ver libre é independiente.

Gag. ¡Eh! pero...

Henr. Perdonadme, padre mio...

Gag. ¿No te ha hablado nunca de su amor?

Henr. Jamas; y... yo no creo, padre mio, que él me ame.

Gag. ¿Será cierto?

Henr. ¡Oh! sí señor, demasiado cierto. Estimado por vos, animado por el afecto que le prodigaba mi madre, nada le hubiera impedido pedir mi mano... ¡ni creo que ha pensado en ello jamas!

Gag. (*Con amargura.*) ¡Oh! sin duda... contemplándose ya un gefe de partido, habrá considerado que semejante union podia hacerle perder su influencia ó su popularidad. Por lo demas ha hecho bien; yo he tenido siempre intencion de casarte con un compatriota, con un inglés. Ya ha dias que hice venir á mi lado en calidad de secretario particular á sir Cokney, es hijo de un amigo mio, un pariente nuestro, hombre de alto nacimiento, y de riquezas inmensas.

Henr. ¡Qué! padre mio... pretendeis...

Gag. Esto no es sino manifestarte mi voluntad. Quisiera que te agradase, pero no pretendo imponerte una obligacion... y nunca, á pesar de lo que te hayan podido decir de mi severidad y de mi tiranía...

Henr. ¡Ah! padre mio...

Gag. Sieencio; aqui viene mi nuevo secretario.

ESCENA III.

DICHOS. SIR COKNEY. (*Entrando por el fondo.*)

Cok. ¿Me atreveré á preguntar á mis Henriqueta, á mi bella prima, por su salud? Buena á lo qne veo. Al mismo tiempo vengo á recibir órdenes de S. E.

Gag. No tengo ninguna que daros. Podeis disponer de todo el dia; como recien llegado estrañareis el pais.

Cok. ¡Oh! seguramente. Cuando uno ha visto á Londres, New-Market, Drurí-Lane &c., todo lo demas cs poca cosa: no se parece en nada...

Henr. Mas honor para la América.

Cok. ¡La América!... Entendámonos: si hablais de la América del tiempo de Cristóbal Colon, enhorabuena... Asi es que yo me habia formado de ella otra idea, y cuando salí de Londres creía encontrar aqui salvages, vestidos pintorescos y plumas abigarradas, como en el último baile que dió el lor Sydmonth, que, entre paréntesis, era magnífico... De modo que al llegar aqui me quedé admirado al ver la gente de casaca y sombrero; el mismo lenguaje, las mismas costumbres que nosotros, en una palabra, americanos de Londres ó de Liverpool, con que se destruyeron todas mis ilusiones.

Gag. Con el tiempo tal vez encontrareis algunas cosas que os sorprenderán.

Cok. ¡Oh! sin duda, milor... por ejemplo, una cosa que me ha sorprendido bastante es la distancia... ¡Dios mio! qué lejos. Yo creí que no llegaba nunca á Boston.

Gag. Por lo que veo, amigo Cokney, habeis salido pocas veces de Londres.

Cok. Nunca, milor.

Gag. Mucho me temo que vuestras costumbres y la finura de vuestros modales no sean aqui justamente apreciados.

Cok. Seguro.

Gag. Quiero advertiros una cosa: sabed que en el dia la Inglaterra y la América no estan de acuerdo, y que... lo que agrada en Londres se desprecia en Boston.

Cok. Sí, eso se dice: reina aqui cierto espíritu de oposicion... Ya lo he conocido; porque ayer vi que por las calles me miraban todos de reojo, y por la noche... ¡oh! por la noche fue otra cosa. Entro en un café, pido que me traigan té... todos se levantan, se hablan al oido, y me miran asi... con un aire...un aire... nada satisfactorio. ¡Maldita sociedad...! Yo creo que á las diez de la noche no se puede hacer cosa mejor que tomar té.

Henr. Sí, pero no en Boston.

Cok. ¿Por qué?

Henr. Yo... delante de mi padre... no me atrevo...

Gag. Dilo: quiero yo tambien saberlo.

Henr. Es el caso, que desde la decision del parlamento que carga un impuesto estraordinario sobre el té, se han convenido todos los americanos en no tomarlo, y no se sirve en ninguna casa.

Cok. Enhorabuena... Pero eso no importa para que yo, que no soy americano...

Gag. Estas son las gentes que nos quisieran hacer temblar: los temibles enemigos que nos combaten imponiéndose privaciones. ¿No es cierto, mis Henriqueta, que vuestros compatriotas han desplegado en esta ocasion una grande energía?

Cok. ¡Oh! sin duda... pero por lo que toca á mí no podia hacer otro tanto... Como buen

inglés, haré todo cuanto se quiera menos cambiar mis costumbres, y cuando veo gentes que renuncian á las suyas por espíritu de partido, digo para mi... estos son caractéres obstinados, gentes díscolas que son capaces de todo. Esto es lo que yo juzgo...

Gag. Y sin duda es la mayor verdad que habeis dicho en vuestra vida, y ademas es un rasgo de talento...

Cok. Sí... yo tambien tengo mis ratillos de vena, pero... todo es natural en mí, y cuando uno se destina á ser hombre de Estado... A propósito de esto, milord, he cumplido la comision secreta que me encargásteis ayer... he visto al estrangero, á ese personage misterioso... ¿Qué clase de hombre es ese?

Gag. Basta.

Cok. Quiero decir que he visto de vuestra parte al conde de Gorlitz, y hoy mismo vendrá á ponerse á las órdenes de V. E., y por esto os lo prevengo...

Gag. Y yo os prevengo tambien, sir Cokney, mi secretario particular, que cuando uno se dedica á ser hombre de Estado, no debe dar cuenta de ese modo, y delante de todo el mundo, de las misiones secretas que se le han encargado. En cuanto á ésta, no es de la mayor importancia, pero os guardareis de revelarla á nadie, y sereis mas circunspecto en lo sucesivo.

Cok. (¡Dios mio!) Milord... es verdad, yo habia pensado que... creo que V. E. se ha incomodado.

Gag. No, amigo mio, y la prueba es que os

dejo solo con mi hija; espero que á su lado, como amante y cortesano, sereis mas prudente que como secretario particular. (*Se va por la puerta del fondo.*)

ESCENA IV.

HENRIQUETA. COKNEY.

Cok. Hé aqui una autorizacion estremadamente agradable... para mí, y que estaba yo muy lejos de esperar. S. E. me da una prueba mas de su bondad permitiéndome ser galante...

Henr. Yo creía que para serlo no teniais necesidad de ese permiso.

Cok. No, sin duda... pero por parte de milord, cuyas miras son todas diplomáticas, semejante frase debe ser una especie de autorizacion... con la idea sin duda, porque... ya conocereis, mis Henriqueta, que el deseo de adiestrarme en los negocios no es el solo objeto con que mi padre me ha enviado á América. Los hombres de Estado, como yo, no van regularmente á aprender tan lejos... mucho mas no siendo necesario. ¡Oh! cuando yo sea como S. E. tomaré tambien mi secretario... Un buen secretario, por ejemplo; porque... quiero mandar con distincion, y como no hay empleo adonde no pueda elevarme la amistad de milord... conocereis que mi padre me habia alabado con mucha razon vuestros talentos y vuestras brillantes cualidades.

Henr. Os comprendo, señor; pero debo adver-

tiros que en vuestros cálculos se han mezclado dos grandes errores.

Cok. ¿Y cuáles son?

Henr. El primero, que me escusará tal vez esplicar el segundo, es que vos me creeis muy rica... y os debo advertir que estas riquezas son á lo menos muy inciertas.

Cok. ¡Cómo! ¿No sois vos la hija de sir Tomás Gage, cuyos bienes inmensos...?

Henr. Sí señor, pero hija de un segundo matrimonio: todos los bienes de mi padre provienen de su primera muger, una inglesa que le dejó una hija... una hija que adora, y que espera encontrar todavía.

Cok. Estoy enterado de todo eso... pero supuesto que ella ha muerto...

Henr. ¿Y si viviese?

Cok. ¿Qué decis? ¿dónde está?

Henr. Eso es lo que no sabemos. Habrá unos quince ó diez y seis años, cuando fue mi padre de embajador á Alemania, dejó á Clara muy niña todavía en un castillo que fue presa de las llamas. La habitacion que mi hermana ocupaba se libró del fuego, y sin embargo Clara desapareció. Se dijo que algunos vagamundos que corrian el pais habian puesto fuego al castillo con intencion de saquearle. Se les persiguió sin resultado alguno, y mil veces se ha visto mi padre á punto de descubrir la verdad; hasta ahora todas sus diligencias han sido infructosas, pero sin embargo no ha perdido la esperanza de hallarla... y aun os aseguro, sin que esto sea una queja, que esa hija ausente y desconocida le es mucho mas querida que la

pobre Henriqueta que le adora, y que está siempre delante de sus ojos. Despues de lo que os he dicho, ya conocereis, señor, que á pesar de vuestros elogios, no tengo mas que un mérito condicional sujeto á las circunstancias, y que... en una palabra, hay mucho que rebajar de vuestras esperanzas y mis buenas cualidades.

Cok. De ningun modo... no señor... yo os guardaré siempre la estimacion y el respeto que se debe á... á una hija única; porque á pesar de lo que me habeis dicho, os tengo como tal por una razon muy poderosa; y es que si ecsistiera vuestra hermana ya se hubiera presentado, porque la hija de un gran señor se encuentra al momento. Todos quieren pertenecer á su familia... hasta los que no lo son. Me parece que es una razon...

Henr. (*Sonriéndose.*) ¿Lo creeis asi?

Cok. Seguramente; y si no teneis otro reparo que ponerme...

Henr. Yo creia que el primero seria suficiente; mas supuesto que no lo es, me veo en la precision de deciros el segundo.

Cok. El segundo... Es verdad, me habeis ofrecido dos.

Henr. Pues el segundo, que me parece no tiene contestacion, es que yo no me casaré jamas sin querer á mi marido.

Cok. ¡Oh! es muy justo.

Henr. Y... yo no sé cómo deciroslo... pero yo os creo con bastante talento para adivinarlo. Es que...

Cok. ¿No me amais?

Henr. No.

Cok. Eso es muy natural: yo no puedo ni debo exigir que me ameis sin conocerme... y tampoco querria yo tal cosa: quiero que esto se haga con conocimiento de causa. Todo lo que me atrevo á pediros, hermosa Henriqueta, es que me permitais obsequiaros, que os presente mis homenages, y esperar que un dia tal vez...

Henr. Como querais, señor... yo no os lo puedo estorbar, ni puedo tampoco responder de lo futuro; pero he creido deberos hablar con esta franqueza por no dar motivo á un cortesano, á un amigo de mi familia, el derecho de llamarme algun dia coqueta, y sobre todo, por no hacer perder á un secretario de gobierno un tiempo precioso que puede emplear con mas provecho. (*Hace una cortesía y entra en su habitacion.*)

ESCENA V.

COKNEY.

Bien... todo cuanto ha dicho es por no parecer coqueta, y no ha hablado una sola palabra que no sea de pura coquetería... porque al fin, ¿qué significa...? "No respondo de lo futuro..." es decir: "No estoy segura de mi indiferencia, poned los medios de agradarme." Al cabo, esto es lo que dicen todas... Ya veo yo que son las mismas en América que en Londres. ¡Eh! ¿quién viene? Es el estrangero, el conde de Gorlitz... Este hombre tiene ciertamente una fisonomía singular.

ESCENA VI.

COKNEY. ZAMBARO. (*Entrando por la puerta del fondo.*)

Zam. Si no me engaño, sois vos el que estuvisteis ayer en mi posada.

Cok. (*Con aire de importanaia.*) Sí señor.

Zam. Y me pedisteis de parte de S. E. que me presentase hoy á la diez en su casa de campo, â dos leguas de Boston.

Cok. Todas las señas son ecsactas.

Zam. Semejante orden... ó invitacion, no ha podido menos de sorprenderme... he condescendido en venir... Por último, qué es lo que se pretende de mí.

Cok. Yo debo cumplir con mis instrucciones... voy á avisar á S. E.

Zam. No es necesario... quisiera saber antes con qué objeto se me llama aqui.

Cok. Pues insistis en ello, os diré oficialmente que os quieren hablar, que tienen que hablaros. Lo demas lo sabreis despues; solamente os advierto que un secretario íntimo, particular, no debe dar cuenta en público de las comisiones secretas que se le encargan. Aqui viene S. E.

ESCENA VII.

DICHOS. LORD GAGE.

Cok. El señor conde de Gorlitz tiene el honor de ponerse á vuestras órdenes... y me

atrevo á esperar que elogiareis la reserva con que he desempeñado en esta ocasion...

Gag. Bien, dejadnos solos... Estended esta orden; luego la firmaré. (*Cokney toma un papel que le da el lord, y entra en el gabinete de la izquierda.*)

ESCENA VIII.

ZAMBARO. LORD GAGE. (*Que le mira un momento con la mas grande atencion.*)

Gag. (Sí, es el mismo que vi el otro dia á la orilla del mar.) (*Se sienta.*)

Zam. (*Sentándose tambien.*) ¿Puedo saber el motivo por qué me ecsaminais con tanta atencion?

Gag. Quisiera saber antes positivamente cuál es vuestro nombre.

Zam. ¡Milord! Semejante pregunta...

Gag. Responded.

Zam. Soy el conde de Gorlitz; y no siendo inglés ni americano, no sé qué derecho tengais á preguntarme de ese modo.

Gag. Yo tengo obligacion de velar sabre la conducta de un estrangero cuando este me es sospechoso, y sobre todo, cuando se presenta bajo un nombre supuesto y un título que no le pertenece.

Zam. ¿Qué decis?

Gag. Os llamais Zambaro, y sois bohemio.

Zam. ¡Milord!

Gag. No, no me queda duda... podeis levantaros. (*Zambaro se levanta, y el lord se queda sentado.*) Jóven aun, os adquiristeis

en la guerra de Alemania un nombre mas célebre que honroso por vuestros talentos y vuestra audacia, y aseguran que los generales de María Teresa os debieron mas de una victoria.

Zam. Supuesto que me conoceis, no debo ocultaros nada. Sí, milord, cada uno á su modo trata de hacerse útil á su patria. Como aleman, he servido á la mia durante la guerra con riesgo de mi vida, penetrando los designios y los planes de sus enemigos, y sorprendiendo sus secretos. Otros hacen lo mismo en tiempo de paz, pero á estos se les da otro nombre, otra consideracion, y se les concede un tratamiento honorífico y una muerte tranquila. Nada de esto se nos concede á nosotros; esta es la sola diferencia... y la justicia de los hombres...

Gag. Si hubiese justicia en la tierra no ecsistiriais ya.

Zam. Como quiera V. E.: mi vida está en vuestras manos, nada me importa: mas tarde ó mas temprano, ello ha de suceder...

Gag. Y bien...

Zam. El gran Federico, que sabia apreciar el mérito y los hombres de talento, puso á precio mi cabeza, y la estimó en veinte mil escudos: V. E. sabrá lo que vale semejante suma.

Gag. (Hé aqui un hombre que está orgulloso con su oficio.) Para calmar tu temor ó tu orgullo, reflecsiona solamente que si yo tuviese la intencion que me supones, no me hubiera tomado la pena de hacerte venir aqui secretamente.

Zam. Teneis razon. ¿Qué pretende, pues, de mí V. E.?

Gag. Saber el objeto con que has venido á Boston; porque tú no habrás dejado la Europa sin un designio particular.

Zam. V. E. no me creerá, pero voy á deciros verdad como si estuviese en vísperas de ser ahorcado: no he venido aqui sino por un negocio particular, en que no tiene parte alguna la política.

Gag. ¿Y qué negocio es ese? Guárdate de engañarme.

Zam. No os engaño, ni tengo motivos para ello. Yo no tengo mas pariente que mi hermano mayor, Herman Zambaro, bohemio como yo, y gefe de nuestra tribu. La paz que enriqueció á todo el mundo nos arruinó. Los ejércitos austriacos, ingratos por naturaleza, se condujeron muy mal con nosotros... sobre todo, los generales, colmados de honores y riquezas, llegaron á persuadirse que se debia á ellos solos el écsito venturoso de aquella campaña. Viendo esto determiné retirarme, cuando me dijo mi hermano: "Tienes razon, abandonemos la carrera militar, en la que hay muchos peligros y poca recompensa. Estoy meditando con un particular una empresa que debe enriquecernos para siempre. Yo parto á Londres, donde irás á buscarme cuando yo te avise." Me escribió en efecto algun tiempo despues, diciéndome que me esperaba, no en Londres, sino en la Nueva-Inglaterra, donde esta vez nos esperaba una fortuna brillante... me señalaba como punto de nuestra reunion la

posada de la Corona. Parti inmediatamente, y cuando llegué á este pais, no habia aun parecido. Nadie habia oido hablar del bohemio Zambaro; y estoy practicando las mas vivas diligencias, tanto por instruirme de la suerte de mi desgraciado hermano, como por probar á V. E. la sinceridad de mis palabras.

Gag. No dudo que será asi, pero... (*Se levanta.*) en el caso de que no existiera vuestro hermano, lo que me parece probable...

Zam. ¡Qué! milord, ¿sabeis...? Mi pobre Herman: ¿quién me hubiera dicho que habia de morir asi... simplemente...?

Gag. ¿Qué harias entonces?

Zam. Abandonar este maldito pais. Desgraciadamente no sé cómo pagar mi viaje, porque esperando hacer aqui fortuna, nada traje conmigo.

Gag. ¿Y si pudieras lograr esa fortuna...?

Zam. ¿Qué decis?

Gag. ¿Tu mirada hábil y ejercitada no ha conocido la situacion de este pais? ¿No has contemplado esta especie de inquietud que se ha apoderado de todos sus habitantes? Por todas partes se habla de reformas, de disidencia con la metrópoli, de la independencia de esta colonia. Estas son palabras de algunos jóvenes aturdidos, que por valer y ser algo tratan de sublevarse. Yo me guardaré muy bien de castigarlos; esto sería darles una importancia que no merecen... pero quiero conocerlos; el bien público lo ecsige: quiero penetrar sus proyectos, los planes que su imprudencia medita, y ahorrarme estorbándolos la pena de castigarlos.

Zam. Os comprendo, milord... estoy á vuestras órdenes.

Gag. De todos estos jóvenes, el mas peligroso es el coronel de dragones de Virginia.

Zam. Lionel Lincol.

Gag. ¿Le conoces?

Zam. No, seguramente; pero he oido pronunciar su nombre por casualidad, sin quererlo... la costumbre de escuchar...

Gag. Me han asegurado que esta misma noche se reunen en secreto varios jóvenes militares en la posada de la Corona, cerca del mar. Es necesario saber el fin, el objeto de esta reunion... en una palabra, asistir tú mismo. Te quedan pocas horas, lo sé, pero conozco tu sagacidad... tú puedes fijar el precio en que estimas tus servicios.

Zam. Mil guineas.

Gag. Eso es mucho: no se le da tanto á un coronel.

Zam. Hay empleos en que se paga por honor, pero el mio...

Gag. Tienes razon: aqui tienes la mitad; la otra despues que me hayas satisfecho...

Zam. ¡Vive Dios! esto es pagar como un milord: ya veo que vale mas estar á sueldo de la Inglaterra, que de la casa de Austria. Pero tambien conocereis que es muy dificil lo que me pedis, y yo no me atrevo á esperar un resultado tan feliz como V. E. deseara, sino me ayuda el talento y la destreza de mi sobrina Beti.

Gag. ¿Qué dices? una múger en este asunto...

Zam. Ella no sabrá sino lo que deba saber.

Gag. ¿Y quién es...?

Zam. La mas linda, la mas amable bohemia que habreis visto en vuestra vida... la hija de mi hermano Zambaro, que traigo conmigo, que no se separa nunca de mi lado, y que me debe su educacion, de lo que estoy orgulloso... está enseñada en los mejores principios...

Gag. En los tuyos tal vez.

Zam. No conozco otros.

Gag. ¿Es aquella linda jóven á quien dabas el brazo cuando te encontré á orillas del mar, que tiene una fisonomía tan noble, tan interesante?

Zam. La misma.

Gag. ¡Ah! es lástima: siento que haya escogido semejante oficio.

Zam. Milord...

Gag. ¿Qué es eso, señor Zambaro? Creo que habeis venido á recibir órdenes y no cumplimientos. ¿Qué mas quereis?

Zam. Justicia, á lo menos de parte de los que nos emplean. En los ejércitos en que he servido, el soldado que disparaba su fusil no era mas culpable que el gefe que decia: ¡*fuego*!

Gag. ¡Miserable!

Zam. Como querais, milord...

Gag. Calla, calla; ¿no oyes ruido en la pieza inmediata? (*Se oye ruido como de abrir una puerta en la habitacion de Henriqueta.*)

Zam. ¿No estais seguro en vuestra misma casa?

Gag. Mi hija estaria en su habitacion, y si nos hubiese oido... A Dios, aléjate. Si esta noche tuvieses que comunicarme algun aviso importante, podrás llegar hasta mi habitacion

con la seña que convengamos. Inglaterra...

Zam. Y Bohemia.

Gag. Bien... yo me quedo aqui, en mi casa de campo, y haré por estar solo... porque estas conferencias secretas con un bohemio...

Cok. (*Saliendo del gabinete.*) ¡Un bohemio!

Gag. Silencio... alguien viene... ¡ah! no es nada, es mi secretario particular. A Dios...

Zam. A Dios, milord. (*Al salir saluda al lord y á Cokney, quien le vuelve el saludo.*)

ESCENA IX.

LORD GAGE. COKNEY.

Cok. Parece que el conde de Gorlitz... quiero decir, parece que se ha concluido la entrevista.

Gag. Sí, amigo Cokney.

Cok. (¡Ah es un bohemio!) Pues, entre tanto que estamos aqui solos... y que no marchamos á Boston...

Gag. Hoy mismo debeis marchar allá, á llevar esta orden, que acabais de estender, al comandante de la plaza... (*Leyendo.*) Espero que no se dará curso á la causa del capitan Artur Winkerton, y que no se le inquietará por ningun motivo. (*Firma el pliego y lo entrega á Cokney.*)

Cok. ¡Yo llevar esta orden...!

Gag. Y al mismo tiempo acompañareis á mi hija y mi esposa, que no está muy buena, y que la irá mejor en la ciudad.

Cok. Bien... sir Cokney, dos comisiones á la vez: la orden al comandante, y la mano á las

señoras. V. E. puede estar seguro de que en todo me portaré con el mismo celo y la misma discrecion...

Gag. Cuento con ello. (Escelente medio para desembarazarme de él.) Sir Cokney, os deseo un feliz viaje.

Cok. No hay remedio, S. E. no puede pasar sin mí, y... héme ya en la cúpula del favor.

(*Lord Gage sale por la puerta del fondo, y Cokney entra en el gabinete.*)



ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una sala de la posada de la Corona, comun á todos los viajeros. Puerta al fondo, y á los lados de ella dos ventanas que caen al mar. Puertas laterales que conducen á diferentes habitaciones. Cerca del proscenio, y á la derecha del actor, una mesa con una carta geografica. En el fondo del mismo lado un velador, sobre el cual habrá una porcion de loza.

ESCENA PRIMERA.

LIONEL. (*Sin uniforme, con un anteojo en la mano mirando por una de las ventanas del fondo.*)

No me engaño, no... es un buque francés que se ha separado de la escuadra, y hace una hora que ha echado el ancla. ¿Si fuese Mr. de Courville, que me aguardara? ¿Pero cómo he de pasar á bordo sin llamar la atencion de nuestros enemigos? Ademas, mi presencia es necesaria en estos sitios, y si yo faltase, sin duda todo se perderia. El gobernador está ya receloso, y la menor indiscrecion puede trastornar nuestros planes y perder para siempre la causa mas noble y mas justa. (*Paseándose con agitacion.*) ¡Ah, qué tormento, qué suplicio es la incertidumbre! Cada instante que pasa abrevia mi vida, y sin embargo, es preciso afectar una tranquilidad que no se tiene... á cada

momento me asaltan mil temores... ¡Ah! los peligros del campo de batalla son preferibles... peligros momentáneos: á lo mas... una muerte gloriosa que no se espera, y cubre de honra al que la recibe. ¿Qué ruido es este? ¡Ah! es Artur. ¿A qué vendrá este aturdido? (*Se sienta cerca de la mesa, y toma un libro.*)

ESCENA II.

LIONEL. ARTUR. (*Que trae un paquete en la mano.*)

Art. ¡A mi semejante comision...! ¡vamos...! ¡ah! ¡qué veo! mi coronel en este sitio...

Lio. El mismo, amigo Artur... ¿y á vos qué os trae por acá?

Art. Nada, un favor que el posadero Viliam me ha pedido que le haga... y yo he consentido, porque es un buen hombre que detesta á los ingleses y hace justicia á nuestros compatriotas. Asi es que me vengo muchos dias á comer aqui, porque eso es otra cosa, se come bien, y nada de manjares estrangeros: en fin, un hombre que tiene opinion y cocina americana. Hé aqui unos papeles que le ha remitido hace tres dias un capitan de un buque, sin que nadie haya venido aun á reclamarlos, y Viliam me ha suplicado que me informe, porque como yo conozco á todo el mundo... es decir, á todo el mundo... de Boston, pero no á los bohemios... *Pedro Zambaro*; ¿teneis alguna noticia tal vez...?

Lio. No.

Art. En ese caso, mi coronel...

Lio. Callad... no hay para qué hablar tan alto; no quiero que sepa nadie en esta posada quién soy.

Art. ¡ Oh ! eso es diferente : comprendo... aqui hay misterio... alguna cita, alguna aventura amorosa que ecsige que no os conozcan. ¡ Ah ! coronel... sois un amador decidido.

Lio. Y cuando fuese asi, ¿ podria contar con vuestra discrecion ?

Art. Sin duda : yo no digo á nadie los secretos de otro ; los mios es otra cosa, los sabe todo el mundo. Pero á la verdad, no os comprendo. ¿ De qué medios os valeis para dedicar vuestros homenages á todas las hermosas, para pasar vuestra vida entre fiestas y placeres ? ¿ No os fastidia esa ecsistencia monótona, coronel ?

Lio. No, seguramente ; y vos mismo que hablais asi...

Art. En otro tiempo, es verdad, no digo que no... pero ya no tengo aquella audacia que se requiere... y despues de la última infidelidad que he esperimentado...

Lio. ¡ Será posible !

Art. No lo siento por lo que ello es en sí ; y si me hubiese dejado por un compatriota, por un natural del pais, enhorabuena ; pero por una casaca encarnada... ¡ por un lord... !

Lio. ¡ Cómo ! ¡ una americana... ! ingles...

Art. Sí, ¡ voto á !... un rival galoneado que viene de la gran Bretaña á ocupar mi puesto. Uno de esos estrangeros que nos des-

precian, que nos llaman comerciantes, y creen que un americano no puede manejar una espada; pero... que vayan á preguntar al lord Ruven, que cuando bebia yo ayer por la gloria de la América no quiso contestar á mi brindis.

Lio. ¡Cielos! ¡qué imprudencia! ¿Y qué le habeis dicho?

Art. No, lo que es decirle, nada: le he muerto á las cinco fuera de los muros de Boston.

Lio. ¡Insensato! ¿qué habeis hecho?

Art. He dado el ejemplo, y vos debeis seguirle... vos, que por vuestro grado y riquezas gozais en el pais de una influencia que por desgracia no tengo. Pero en lugar de pensar en su patria, Lionel se adormece entre los placeres, y se ocupa en intrigas amorosas.

Lio. ¿Y qué os hace presumir que mi patria me sea menos querida que á vos?

Art. Si es asi, probádnoslo; que suene el clarin, montemos á caballo, y al instante nos seguirá todo el regimiento.

Lio. Para esponer á esos valientes á una muerte cierta.

Art. ¿Qué importa?

Lio. ¿Y quién vengaria nuestra patria? ¿quién la daria la libertad? ¿quién...? Morir por ella es poco; es preciso que esta muerte la sea útil... ¡ah! sino hubiese sido necesario mas que el valor... ya sabreis nuestros designios.

Art. ¿Qué decis?

Lio. Que es preciso esperar, callar, y sobre todo, tener prudencia... y aun yo creo que falto á ella comunicándoos secretos que vues-

tra imprudencia puede revelar. Pero el momento se aprocsima, y tiene muchos derechos á nuestra confianza quien quiere participar de nuestros peligros. (*Cierra la puerta del fondo.*)

Art. Pronto... decid...

Lio. ¿Podiais creer, Artur, que indiferente sobre la suerte de nuestra patria, la veria Lionel impasible y tranquilo oprimida por aquellos mismos que debian tener interes en defenderla? Hace algun tiempo que nos reunimos algunos amigos y compatriotas, Adam, Jeferson, Franclin, Washington, jóvenes todos desconocidos como yo, y que no tienen hasta ahora otro mérito adquirido que su amor por su pais. Determinamos dirigirnos al gobierno en nombre de esta patria desgraciada, pidiéndole mirase por su prosperidad; pero despues de esos edictos tiránicos, despues que el parlamento, olvidando que formamos parte de la nacion, se cree con derecho á tratarnos como á súbditos conquistados, conocimos que no era ya tiempo de llorar los males de nuestra patria, sino de vengarlos, y lo que vos meditais lo hemos ejecutado ya en parte. Los amigos de que ya os he hablado han preparado los espiritus en las demas provincias, y yo soy el encargado de conseguirlo en Boston... he consagrado á la libertad de América la suerte futura de una madre, mis bienes todos, y si es necesario, sacrificaré mi vida y mis mas caros intereses.

Art. ¿Y cuándo llegará ese momento? ¿Cuándo lograremos inmolar á nuestros opresores?

Soy americano en el alma, desciendo de los Natchez y Mohicanos... ¡ah! todos los medios son buenos para arrancar á esos estrangeros de este suelo que nos pertenece.

Lio. La Francia, que nos protege secretamente, ha prometido apoyarnos. Una porcion de jóvenes, impacientes por pelear, aguardan la señal para volar á nuestras riberas. Su mismo rey, el mas virtuoso de los hombres, toma interes por nuestra causa. Se nos ha dicho que bajo pretesto de ver algunos parientes que tiene en Boston, debia llegar aqui el baron de Curville, un francés, para entenderse con nosotros... pero no ha venido aun... los dias pasan, y nuestros enemigos nos pudieran descubrir...

Art. ¿Y quereis diferir el golpe todavía...? Dios sabe cuándo llegarán esos socorros...

Lio. Hoy mismo quizá. (*Le lleva hácia la ventana.*) Venid. ¿Veis aquel buque que está en la rada?

Art. ¡Ah! ¡qué dicha! un pabellon blanco.

Lio. Esto era lo que aguardabamos. Pero yo no puedo ir á bordo sin despertar sospechas, y si me arrestasen, separado de los amigos de quienes soy gefe...

Art. Pues bien, iré yo... que aunque me prendan no se perderá nada: dadme vuestras órdenes; yo pasaré á bordo ahora mismo, aunque tenga que llegar á nado.

Lio. Un oficial de mi regimiento... ¿y creeis...?

Art. Tomaré un vestido de marinero... una lancha... y pasaré sin ser visto bajo el cañon del fuerte.

Lio. ¿Y si os descubren, os preguntan...?

Art. No responderé.

Lio. ¿Y si os disparan?

Art. No me darán. En fin, no hay mas que hablar; os prometo llegar al buque francés. Esta clase de espediciones son propias de los habitantes del Orinoco, al que me glorío de pertenecer. Dadme vuestras órdenes, y en dos horas os traeré la respuesta.

Lio. ¿Persistis en ello, Artur? Pues bien, aguardadme aqui; vuelvo al instante. (*Entra en la habitacion de la izquierda.*)

ESCENA III.

ARTUR.

¡Y yo le acusaba de indiferente... y solo le creía ocupado en intrigas amorosas...! Ya se ve, gasta una reserva que... ¿quién diablos habia de pensar...? ¡Eh! parece que ha parado una berlina á la puerta de la posada... Un caballero baja de ella con un vestido azul... parece ser marino... y una señorita viene con él... ¡qué talle tan encantador! ¡qué elegancia en sus modales! Vamos, vamos, bien puede uno ser galante sin faltar á sus principios: asi como asi... esta no parece inglesa.

ESCENA IV.

ZAMBARO. BATILDE. (*Conducidos por* JAKSON.)
ARTUR.

Jak. Por aqui, por aqui... (*Se va.*)

Zam. ¡Cómo! ¡voto á...! ¿todo está ocupado? (*A Artur.*) Servidor.

Art. ¿Segun veo no ha podido esta señorita encontrar habitacion?

Bat. No señor, y tendremos que esperar en esta sala, que es comun á todos los viajeros.

Zam. ¡Y como es tan cómoda...! por mi parte no me importaria, porque estoy acostumbrado á dormir al aire libre; nunca me separo del alcázar. Pero por mi sobrina...

Art. ¡Oh! siento mucho semejante desgracia... y si me atreviera á ofrecer á esta señorita mi habitacion... habitacion modesta é indigna del honor... pero en fin.

Bat. Yo os lo agradezco... pero no debo abusar de vuestra condescendencia, y semejante favor...

Art. Favor... yo soy el que lo recibo si lo aceptais... siempre es un placer agradar á una linda jóven, y... quién sabe si esto puede ser un cálculo de mi parte. Yo quedo obligado, y vos tambien me debeis un reconocimiento... es decir, un reconocimiento recíproco.

Bat. Eso precisamente me impediria aceptar...

Zam. Qué diablo, ¡cuántas ceremonias...! Yo no entiendo nada de vuestros cumplimientos... El señor es un jóven atento, de educacion, y cumple con su deber... te ofrece su habitacion; esto te conviene, la necesitas... pues bien, dale las gracias, y vamos. Caballero, aceptamos vuestro ofrecimiento, y queda concluido.

Art. (Hé aqui un marino medianamente bruto.) Si me permitis á lo menos que pase á

visitaros... no á mi habitacion, sino á la vuestra, para cultivar la amistad de vuestro tio...

Zam. No señor... yo vengo aqui á mis negocios... A mí no me agrada la sociedad. Perdonad si mi franqueza os ofende... yo soy asi, y digo todas las cosas por su propio nombre. Quiero mejor estar solo; pero mi sobrina... es diferente; puede hacer lo que guste; ya sabeis que las francesas son muy aficionadas á cumplimientos, y...

Art. ¡Cómo! ¿esta señorita es francesa? no lo sabia yo. ¿Y pasa á Boston? No conocerá sin duda la ciudad, las sociedades. ¡Oh! yo gozo alguna consideracion en Boston, porque los dragones de Virginia son muy estimados generalmente, y este es mi regimiento.

Zam. (Este es Lionel.)

Art. Me tendré por muy dichoso si permitis que me presente á vos y os ofrezca mis servicios.

ESCENA V.

DICHOS. LIONEL. (*Con una carta en la mano.*)

Lio. El pobre Artur... estará ya impaciente. ¡Oh! pero él ha encontrado un buen modo de matar el tiempo. (*Le toca ligeramente en la espalda.*)

Art. ¡Ah! ¿ya estais aqui, amigo mio? Mirad... una aventura deliciosa, una jóven encantadora...

Lio. (*Dándole la carta.*) La lancha está ya preparada.

Art. Vos os quedais... ¡qué dichoso sois...! quedais aqui para reemplazarme.

Bat. ¿Se marcha ese caballero?

Art. Sí señora.

Bat. (*Bajo á Zambaro.*) Y con una carta.

Zam. (Es verdad, no lo habia visto.)

Lio. ¡Eh! pero si no me engaño, me parece que conozco... yo he tenido el gusto de veros otra vez, señorita.

Art. ¡Cómo!

Lio. Sí, sí.

Zam. (¡Dios mio...! ¡qué contratiempo!)

Bat. No lo creo, caballero; á lo menos no sé en qué ocasion.

Lio. Una ocasion indiferente para vos. Iba yo hace unos dias por una calle de Boston tan distraido, que no reparé en un carruage que venia hácia mí, cuando un grito de una muger me advirtió el peligro que me amenazaba. Levanto los ojos para ver al ángel protector que me habia librado...

Art. ¡Qué! es esta señorita la hermosa desconocida de quien me hablasteis toda la noche... ¡Ah! y creia yo ser el primero... ¡qué chasco! y cuando tenia ya ideas sérias...

Bat. Sois muy galante.

Lio. ¡Qué locura...!

Art. ¡Oh! amigo mio... esto es muy diferente; es una francesa, y en el dia tenemos razon para estimar cuanto nos venga de Francia.

Lio. (*En voz baja.*) ¡Imprudente!

Art. ¡Oh! sin duda... nuestras modas, nuestros objetos de lujo, todo lo que usamos nos viene de Paris. Tienen á la América por colonia inglesa... ¡qué error! colonia parisien y

no otra cosa... á lo menos por lo que toca á nosotros.

Lio. (¡Todavía! voto á...)

Art. (Es verdad, ya veo que me es mas difícil de lo que yo creía el callar. Perdonadme, coronel; yo parto, y espero que quedareis contento de mí.) (*A Zambaro.*) Me ausento por algunas horas, caballero, y voy á encargar que os entreguen las llaves de esa habitacion, que ya es vuestra.

Zam. Bien... voy yo tambien á arreglarlo todo... (*Bajo á Batilde.*) ¿Sabes ya lo que te he dicho?

Bat. Podeis descuidar...

Zam. Vamos, amigo...

Art. Vamos, capitan...

(*Artur y Zambaro salen por la puerta del fondo; Lionel les sigue inquieto con la vista.*)

ESCENA VI.

LIONEL. BATILDE. (*Lionel mirando á Batilde toma una silla, que pone al lado de ella sin sentarse.*)

Bat. Trabajo ha de costarnos; sin embargo, ensayemos...

Lio. La ausencia de mi amigo y de vuestro tio es una dicha para mí, pues me proporciona la ocasion de acompañaros.

Bat. Mil gracias, pero... (*Alza los ojos, y ve que Lionel está distraido y no la escucha.*)

Lio. (Si no encontrase ningun obstáculo... pe-

ro el mar está agitado, ya he visto nubes en el horizonte, y si se levanta viento de tierra...)

Bat. ¿Caballero...?

Lio. Perdonad, señorita... ¿me hablabais...? (*Se sienta junto á ella.*)

Bat. Siento sacaros de vuestras meditaciones, y en verdad es una fortuna que no os halleis ahora en las calles de Boston, pues hubieseis tal vez corrido el mismo peligro que aquel de qué yo logré preservaros.

Lio. Teneis razon; y no sé cómo justificarme de esta distraccion, que es imperdonable, sobre todo estando cerca de vos.

Bat. ¿Por qué, si os distrae otro objeto mas interesante...?

Lio. De ningun modo: el objeto era de poca importancia.

Bat. Tal vez el mismo que os ocupaba aquel dia... Me tendreis por demasiado curiosa, pero quisiera preguntaros en qué pensabais en este momento.

Lio. ¿En qué pensaba? Despues de haberos dejado no me sería dificil deciroslo.

Bat. Caballero...

Lio. ¿Podria yo disculparme para con vos?

Bat. Tal vez: ¿quién sabe? Yo tenia que pediros un favor, y si no temiese pareceros indiscreta...

Lio. Hablad, yo os lo ruego... ¿y bien...?

Bat. Os va á parecer muy estraordinario lo que voy á deciros; pero mas vale hablar con franqueza, y confiaros el asunto de que se trata... Conozco una persona, una señora que estima mucho á vuestro amigo, á ese jóven mi-

litar que acaba de salir de aqui: es escusado decírselo á él, porque creeria que era alguna aventura, y como al contrario solo se desea hacer algunas informaciones...

Lio. Ya estoy... se trata de algun casamiento.

Bat. No digo tanto; pero desearia saber quiénes son sus amigos mas íntimos.

Lio. Precisamente yo soy uno.

Bat. Esa es su mayor fianza... ¿pero las sociedades... las casas que frecuenta...?

Lio. Sir Albermal, Elvod, sir Cleveland, Hutkinson...

Bat. ¡Dios mio, qué nombres! No podré acordarme de ellos. ¿Me los podreis escribir...? (*Dándole un libro de memorias.*)

Lio. De buena gana. ¡Ah! el libro de memorias de una jóven linda debe ser interesante.

Bat. No, ciertamente... es un diario de mis viajes.

Lio. Que contendrá regularmente...

Bat. Algunas notas, algunas observaciones sobre lo que me sucede... mi opinion acerca de las personas que trato.

Lio. Quisiera yo leerlo esta noche. (*Volviéndole el libro.*)

Bat. Esta noche, no habré escrito nada en él tal vez.

Lio. Eso es poco lisonjero para mí.

Bat. Al contrario, lo que aqui escribo es para poderme acordar de ello... pero esto no tengo necesidad de escribirlo para recordarlo.

Lio. Señorita...

Bat. Volvamos á vuestro amigo. Anoche dicen que se recogió muy tarde, y... ya veis

que á una persona que ama debe causar esto muchas inquietudes. Y el haber venido hoy á esta posada secretamente, á una legua de la ciudad, hace creer que tal vez otro cariño... alguna infidelidad... en fin, no desea saber sino si es éste ú otro el motivo de semejante conducta: con esto quedará tranquila; esto es lo único que se pretende saber.

Lio. Permitidme ahora que os haga una observacion. Tal vez me creereis tambien curioso; pero decidme, ¿sois tal vez esa persona misteriosa que estima tanto á mi amigo?

Bat. Yo... señor... ¡podeis suponer...! ya veo que no me conoceis. Yo no sé lo que es amar á nadie, nunca he sido víctima de semejante flaqueza, y... me atrevo á asegurarlo, nunca amaré á nadie. (*Se levantan.*)

Lio. ¿Por qué, señorita? Hé aqui una declaracion de independencia contra la que reclamarian los hombres.

Bat. ¿Y tan estraño os parece que ame yo la libertad y desee conservarla?

Lio. (*Con entusiasmo.*) No, seguramente; por lo menos nosotros debemos antes de todo... (*Conteniéndose.*) Pero vos, señorita, vos sois diferente... nuestras situaciones se asemejan poco, y cualesquiera que sea vuestra opinion sobre este asunto, no creo que de todos los deberes humanos haya uno mas respetable ni mas dulce que el de una esposa y una madre... lazos sagrados de una familia que luego pasan á serlo de la patria, y nos ligan al suelo que nos ha visto nacer. En este pais nuevo todavía hay felicidades que tal vez no conoceis: si hubieseis sido

testigo de la felicidad que reina en nuestros hogares... si hubieseis visto á nuestras lindas jóvenes queridas como amantes, estimadas como esposas; si hubiese podido presentaros á mi madre, la habriais visto en medio de nosotros adorada como una soberana, predicarnos el amor á nuestra patria que se confunde quizá con nuestro amor por ella... ¡Ah! esta dicha interior, esta estimacion general, esta consideracion, primera necesidad de un alma noble y generosa, ¿quién podria, señorita, llenarla mejor que vos? Pero... ¿qué es lo que teneis?

Bat. Nada, señor; acabais de presentar á mis ojos un cuadro nuevo para mí... y una dicha... si puede haberla en el mundo, á la que no me es permitido aspirar.

Lio. Qué he hecho... ya comprendo: han encadenado vuestro destino... vuestra felicidad futura... ¿no sois libre?

Bat. Sí; pero es lo mismo que sino lo fuese. No soy libre para hacer retrogradar mi destino, ni para cambiar mi suerte. Pero no hablemos de esto... yo os lo suplico. Quedad con Dios; y como es probable que no volvamos á vernos...

Lio. ¡Cómo! Señorita, ¿nos dejais?

Bat. Sí señor.

Lio. Pues bien, voy á pediros un favor... será el último: que sepa yo al menos quién sois... no me lo podeis rehusar. ¡Callais! ¿os parece tambien indiscreta esta pregunta?

Bat. No, seguramente; pero sí me parece singular que me lo pregunteis, cuando ignoro vuestro nombre.

Lio. Lionel Lincol.

Bat. ¡Cielos!

Lio. Coronel de dragones de Virginia.

Bat. ¡Qué! ¿Sois vos ese Lionel que deseaba conocer?

Lio. (*Con alegria.*) ¡Qué decis! ¿será posible?

Bat. No, no señor; quiero decir solamente que habia llegado á mis oidos vuestro nombre, y que le habia oido siempre citar con elogio.

Lio. No soy digno de semejante honor: á lo menos no lo he merecido todavía... pero pronto tal vez lucirá el dia en que este nombre ignorado brillará con gloria. Entonces habré ya vivido bastante, entonces ya no desearé otra cosa que morir en medio de mis soldados en un dia de victoria.

Bat. ¿No teneis otros deseos? ¿Esa es vuestra única ambicion, vuestras solas esperanzas?

Lio. No, y si tuviese otras, si vos misma...

Bat. Alguien viene... es mi tio.

ESCENA VII.

DICHOS. ZAMBARO.

Zam. (*A Batilde.*) Aqui estan las llaves de nuestra habitacion: todo está listo, y cuando quieras...

Bat. Sí, tio mio.

Zam. Pero queria decirte...

Lio. ¡Ah! yo os incomodo tal vez. (*Apartándose á un lado.*)

Zam. (*Bajo á Batilde.*) Nuestro oficial se ha

dirigido al puerto; le seguí á lo lejos, pero le he perdido de vista. Tú sin duda habrás sido mas dichosa, habrás descubierto algo.

Bat. No señor, nada he podido saber.

Zam. Pero á lo menos, ¿no sabes quién es ese amigo suyo con quien acabas de hablar?

Bat. No, tio mio, nada sé.

Zam. ¿Tan poco feliz estás hoy? No lo digo esto por reñirte, bien sabes que yo no te riño, pero este es un negocio digno de mí, y es preciso conseguirlo á toda costa.

Bat. Es inútil... no adelantareis nada. (*Empieza á oscurecer, y se ven algunos relámpagos.*) medio

Zam. ¡Oh! no desespero yo tan facilmente. Voy á ver si encuentro á mi hombre, y... (*Mirando por la ventana de la derecha.*) ¡Pero qué diablo! Una tempestad se levanta, y el mar se embrabece...

Lio. (*Corriendo á la ventana.*) ¿Qué decis?

Zam. Yo bien sé lo que digo: y no qüisiera estar en este momento cerca de la costa... ¡ah! mirad, mirad... aquel es un buque que parece aprovechar mi aviso, y se va mar adentro... pero si no me engaño, creo que es un buque francés... ¿es verdad?

Lio. Creo que sí... pero el viento sopla cada vez mas fuerte, y la tempestad se declara.

Zam. ¿Y no veis allá abajo una lancha tripulada por dos hombres, combatida por las olas...?

Lio. (¡Cielos! ¿Será Artur?)

Zam. ¿Y á qué diablos van á meterse en el mar con un tiempo como este? Han equivocado la entrada del puerto, y la corriente

que los trae hácia la orilla va á arrojarlos sobre las rocas.

Lio. Y á despedazarlos contra ellas.

Zam. Es probable: uno de los dos maniobra bien, pero el otro no hace nada, y si no van á socorrerlos...

Lio. (*A los marineros que estan fuera.*) Amigos, cables, cuerdas... quinientas guineas doy al que vaya á socorrerlos. ¡Qué! ¿no os atreveis...?

Zam. ¿Pensais enviarlos á una muerte cierta...? mirad como se van.

Lio. Y he de verlo perecer... y yo...

Bat. ¡Dios mio! la barca se ha roto.

Lio. (*Dando á Batilde una cartera.*) ¡Ah! tomad... yo los sacaré ó moriré con ellos. (*Se va por la puerta del fondo, desabrochándose el vestido.*)

ESCENA VIII.

BATILDE. ZAMBARO.

Zam. Hé aqui lo que se llama una locura.

Bat. ¡Una locura! una accion sublime, heróica. ¡Desgraciado! corre á una muerte cierta por salvar la vida de dos hombres que no conoce, que quizá no ha visto jamas.

Zam. ¡Que no conoce...! ¡que no conoce...! eso es lo que no sabemos todavía... He observado su turbacion... cuando se hablaba del buque francés... y esa chalupa, que tal vez vendria...

Bat. (*Sin escucharle deja caer la cartera que tiene en la mano, y corre á la ventana de*

la decrecha.) Me parece verle... sí, es él... se ha arrojado de lo alto de la roca.

Zam. (*Levantando la cartera.*) ¿Qué hace esta muchacha...? ¡Oh! ya se ve, tiene una sensibilidad, un entusiasmo...

Bat. Ha desaparecido, ya no le veo... Todo se confunde delante de mis ojos.

Zam. Billetes de banco...

Bat. Y yo no puedo huir de este espectáculo que me mata. ¡Ah! lo he visto... lucha con las olas... ¡Dios mio! protejedle.

Zam. ¡Cartas...! veamos... Lionel Lincol... ¡Cielos! con que es este... ya estamos en camino... leamos pronto. "El baron de Curville." Este es francés... bien decia yo que tenian inteligencias con la Francia. (*Lee.*) "Es imposible tratar por cartas el asunto de que me hablais. Hácia fines de julio, bajo pretesto de ver uno de mis parientes, llegaré á Boston... y espero que nuestro conocimiento empezará bajo dichos auspicios." (*Tomando otra carta.*) Y esta otra...

Bat. Uno de los dos se ha salvado, ya toca la orilla... ¡ah! no es él...

Zam. Perfectamente... Si con tales documentos, Zambaro, no lo descubrieras todo esta noche, no serias digno de haber empleado por primera vez tus armas contra el gran Federico... (*Vase.*)

Bat. (*En la ventana.*) Ahí está, ahí está; ya saca el otro marinero, ya han llegado á la orilla... se precipita el uno en los brazos del otro... ¡Ah! ¡qué dicha... qué felices son en este momento...! Yo lo soy tambien. Nunca he esperimentado un sentimiento tan dul-

ce... yo lloro... y son lágrimas de alegría. Me parece que habiendo participado de sus peligros, debo participar de su felicidad... corramos á entregarle el depósito que me habia confiado. (*Busca la cartera.*) Pero... ¿dónde está? Y Zambaro... mi tio... no está aqui... ¡ah! (*Da un grito, y se precipita por la puerta del fondo.*)



ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

BATILDE. ZAMBARO.

Zam. ¿Qué es lo que tienes?

Bat. No sé... pero no puedo estar aqui mas tiempo.

Zam. ¿Pero qué motivo tienes...?

Bat. Ninguno; pero... quiero volverme á Europa.

Zam. Sin tener noticias de Zambaro... de mi hermano... es imposible. Nosotros hemos venido aqui por orden de tu padre... ¿por qué rehusas obedecer los mandatos del que en otro tiempo obedecias ciegamente?

Bat. ¡Si pudiera esplicaros lo que pasa en mi corazon! Cuando me criaron en las selvas de la Bohemia no me hicieron conocer otro sentimiento que el del temor, y este sentimiento sofocaba los demas. El carácter violento de mi padre, sus modales terribles me hacian temblar... y no tenia otra persona que tú que me defendiese.

Zam. Es cierto; cuando yo estaba alli impedia que te castigase, pero en mi ausencia...

Bat. El solo objeto de mis pensamientos era

obedecer á mi padre, y complacerle con una sumision ciega... y cuando me decia... "Vé á observar á aquellos viajeros, escucha lo que digan, y espía hasta sus movimientos... nadie desconfia de una muchacha..." iba yo, y cuando mi celo ó mi inteligencia me valian algunos elogios de nuestra tribu, mi alma se llenaba de orgullo, me parecia que habia conseguido una victoria, y creía no tener que avergonzarme de una accion que...

Zam. Ciertamente...

Bat. Ayer lo creía aun...

Zam. Y con razon.

Bat. Pues bien... hoy no sé por qué me parece que es malo y que...

Zam. ¿Qué dices? ¿No corre por tus venas la sangre bohemia? ¿qué debemos á los hombres, á la sociedad? ¿No nos desprecian? ¿no nos apartan de su seno? Nos miran como á gente bárbara y nos arrojan de la sociedad... ¿Pero qué motivo tienes para decir eso, mucho mas cuando debias pensar en la suerte feliz que nos espera...?

Bat. ¡Tienes razon, yo no debia imaginar esto, no debia pensar: esta es una desdicha para mí, pues desde que me he atrevido á volver mis ojos hácia mi vida pasada, todo es confusion y pena en mi alma... y soy tan infeliz...!

Zam. ¿Tú, hija mia? ¿tú, por quien yo sacrificaria hasta mi vida...? ¿qué quieres...? ¿qué te falta? Alhajas, vestidos... ¿no te he dado cuanto he podido? Cuando tengamos dinero será todo para tí; te daré todo lo que quieras.

Bat. ¿Me dareis una familia, una patria?

Zam. ¿Qué quieres decir?

Bat. ¿Me dareis amigos que me halaguen con su estimacion? A las demas mugeres se las respeta y honra, pero á mí...

Zam. ¡Batilde! ¿de qué provienen semejantes ideas?

Bat. ¡Ay! en vano procuro desecharlas... por todas partes me persiguen, hasta en este libro que no habia nunca leido, y que ha llegado por casualidad á mis manos.

Zam. ¡*Fenelon*! ¡ah! ¿y por qué lees semejantes dislates...? vamos, vamos, no pensemos mas en esto... pensemos en nuestra suerte futura...

Bat. ¡Mi suerte futura!

Zam. No te conozco desde esta mañana... no tienes ya aquella perspicacia, aquella imaginacion... tú no has visto nada, nada has adivinado, y yo en un instante he descubierto al verdadero Lionel. Esa cartera que acabas de llevarle, y que no pensaste en abrir, contenia documentos interesantes para mi objeto... estoy en camino de descubrirlo todo, y te aseguro que esta misma noche... Pero ¿qué tienes? estás conmovida.

Bat. Amigo mio... ¿no me has ofrecido mil veces que harias por mí cualquier sacrificio? Pues bien, un favor te pido, uno solo... renuncia á esté proyecto horrible.

Zam. No puede ser... he dado al gobernador mi palabra, quien me ha pagado adelantado, y ademas perderia mi reputacion si no saliese victorioso de esta empresa.

Bat. Esto es lo único que os pido... por vos,

por vuestra seguridad abandonemos este ejercicio detestable.

Zam. ¿Y cómo viviriamos?

Bat. Honradamente.

Zam. Abandonar una empresa que nos promete tal vez riquezas sin fin... pero escucha... he oido hablar. Lionel y su amigo estan en esta habitacion conferenciando secretamente, y tal vez pudiera oir... (*Acercándose á la puerta.*)

Bat. (¡Ah! ¡Dios mio...!) Es inútil, han salido.

Zam. No, no... oigo su voz.

Bat. (Cómo advertirles...)

Zam. No hagas ruido.

Bat. (*Se acerca á la mesa y deja caer el velador.*) ¡Ah!

Zam. El diablo te lleve.

ESCENA II.

DICHOS. LIONEL. ARTUR.

Lio. ¿Qué ha sido?

Zam. Nada, es mi sobrina... que se ha puesto un poco mala... y que al querer entrar en su habitacion...

Art. Dios mio... está mala... quereis alguna cosa...

Lio. ¿Qué teneis...?

Bat. Nada... una jaqueca...

Zam. Si... la jaqueca... ya sabeis que para una señorita es la jaqueca una cosa de primera necesidad. (*A Lionel.*) Vos teneis la culpa... el susto que le disteis esta mañana...

Lio. ¡Es posible...!

Bat. Creo que vuestra generosa accion no ha-

brá tenido consecuencias funestas, y que vuestra salud...

Lio. ¡Qué! por un baño frio... ni me acuerdo ya siquiera.

Zam. Voto á... no hay cosa mejor... pero aquel desgraciado que sacasteis...

Art. Tambien está bueno.

Lio. (*Apretándole la mano.*) Sí, era un pobre trabajador.

Zam. Un trabajador... ya me lo persuadí, por que... esos marineros ingleses le estaban viendo ahogarse con una flema... yo estaba indignado.

Art. ¿Qué quereis? un americano es tan despreciable para ellos...

Bat. Puede que tengan órdenes.

Zam. ¡Ordenes! ¡cuando un hombre se ahoga...! órdenes... ¿de quién...? de ese gobernador que es tan bueno como sus soldados.

Art. ¡Ah! teneis razon.

Lio. ¡Artur...!

Zam. Un déspota, que no conoce mas ley que su capricho... ¡Por vida...! Es cosa que no me interesa, pero si tuviese el honor de ser americano, no sufriria tanto... y á la primera ocasion...

Art. (*Tomándole la mano.*) Puede que le suceda... (*Volviéndose á Lionel que le tira del vestido.*) (¡Oh! no... con un hombre que detesta á los ingleses y una linda sobrina.., no hay peligros, y espero ponerlo de nuestra parte.) Capitan, vuestro carácter me encanta, y si quereis dar conmigo un paseo...

Zam. De buena gana... (Ya es mio.)

Cok. (*Dentro.*) Hola, muchacho... posadero...

ESCENA III.

DICHOS. SIR COKNEY.

Lio. ¿Quién es este caballero?
Art. Eso se conoce á leguas; uno de esos lindos caballeritos qoe obstruyen las calles de Boston.
Cok. ¡Eh! mozo... Perdonad, señores... un acontecimiento... una señorita que iba á la ciudad...
Lio. ¡Una señorita!
Cok. Sí señor, una señorita y su madre que... no puedo decir mas... porque es una comision secreta y... ya me entendereis. Al pasar cerca de esta posada, se sintió acometida de un accidente... unos mareos... que no puede seguir el viaje... y es tanto mas estraño, cuanto que no habrá cinco minutos estaba perfectamente buena. A mí me han enviado á buscar á un médico... ¡ah! voy á perder la cabeza: en este maldito pais no se encuentra nada.
Art. (Fátuo... yo no sé por qué me contengo...)
Lio. La posadera os indicará dónde podreis hallar un médico al momento.
Cok. Mil gracias... (*Viendo á Batilde.*) ¡Hola! ¡qué linda...! (*Reconociendo á Zambaro.*) ¡Calla...! el bohemio.
Lio. ¡El bohemio!
Art. ¿Qué decis?
Zam. (¡Este aturdido...!)
Bat. (Somos perdidos.)

Lio. (*A Zambaro.*) ¡Un bohemio!
Zam. (*Bajo á Lionel.*) No lo negueis... os lo suplico.
Lio. (*A Cokney.*) ¿Conoceis á este caballero?
Cok. Si le conozco... ya lo creo... y el gobernador tambien...
Lio. y *Art.* (*Mirando á Zambaro.*) ¡El gobernador...!
Bat. (Está echada la suerte.)
Cok. Cabalmente estoy yo encargado de... pero estos son negocios de Estado que no puedo publicar... porque nosotros los diplomáticos... la discrecion... con que deciais que la señora de la posada... el médico... mil gracias, voy á ver á mi enferma.

ESCENA IV.

BATILDE. ZAMBARO. LIONEL. ARTUR.

Bat. (*Aparte á Zambaro.*) Ya lo veis, no hay medio de engañarlos.
Zam. Puede ser...
Bat. Vámonos... yo os lo suplico.
Zam. Todavía no.
Bat. (*Va mirando con temor á Lionel.*) (¡Ah! ¡cómo podré soportar sus miradas de desprecio!)
Lio. ¿Cómo, caballero, vos conoceis al gobernador?
Art. Aquel de quien tan mal hablabais.
Zam. Precisamente, porque le conozco.
Lio. No, no espereis engañarnos.
Bat. (*Turbada.*) ¡Qué! señores...
Lio. Perdonad... pero este asunto es muy

importante: tenemos derecho á ecsigir de vuestro tio una esplicacion sobre su conducta. Se ha presentado á nosotros como un marino.

Art. Y sin embargo, es un bohemio.

Lio. ¿Por qué os ocultais asi?

Art. ¿Con qué objeto...? no creo que sea un motivo honroso...

Zam. (*Con altivez.*) ¡Jóvenes imprudentes! Habeis pasado bien pronto de un estremo de confianza á las mas afrentosas sospechas... pero yo no sé cómo vindicarme: las apariencias estan contra mí.

Lio. Y bien...

Zam. (*Mirando á todas partes.*) Y bien... os creo hombres de honor, y que no me hareis traicion... (*Bajando la voz.*) Teniendo necesidad de pasar algun tiempo en este pais sin despertar la vigilancia de los ingleses, me acordé de esos vagamundos, de esos bohemios que andan por todas partes sin documentos ni mas pasaporte que su desvergüenza: sin embargo, no me libró esto de sufrir un largo interrogatorio del secretario del gobernador, que es el que acabais de ver.

Lio. ¿Es este el secretario del lord Gage?

Zam. Su escelencia quiso informarse de este modo de quién era yo... pero logré al fin engañar su penetracion: ¡me cuesta tanto trabajo mentir...! Voto á... esta es la primera vez que el baron de Curville se ha humillado á...

Art. ¡El baron de Curville!

Lio. ¡Qué oigo!

Bat. ¡El baron!

Zam. ¡Ah! ¿Qué es lo que he dicho...? Deberé temer...

Lio. No.

Art. Estais seguro.

Lio. ¿Es posible? ¿Sereis el valiente Curville?

Art. ¿Ese francés que aguardábamos con ansia?

Zam. ¿Qué decis? ¿Conoceis á Lionel Lincol?

Lio. Yo soy.

Zam. ¡Vos...! Esperad un momento: ahora debo yo tambien pediros pruebas... Al dejar mi buque he dejado nuestra correspondencia á bordo, por no esponerme á ser descubierto... pero si sois Lionel debeis tener en vuestro poder una carta mia.

Lio. Aqui está.

Zam. ¡Será verdad...! si, es mi carta: no necesito saber mas. Mi amigo Lionel, mis dignos amigos, al fin os encuentro. (*Se abrazan.*)

Bat. (Yo no sé lo que me pasa: su audacia me admira.)

Art. El baron de Curville... ¿y por qué no lo habeis dicho?

Zam. (¡Si lo hubiera sabido...!)

Lio. (*A Batilde.*) ¡Ah, señorita, cuánto teneis que dispensarme!

Zam. (*Apretándole la mano.*) ¡Y yo... que he sido principalmente el ofendido por vuestras sospechas! Ya se ve, ¡hay tantos intrigantes...! Es preciso estar siempre alerta. (*A Artur.*) Vos, en particular, sois un imprudente. Yo creo que aquel marinero que salvó el coronel erais vos.

Art. Sí, ciertamente: iba á buscaros á vuestro buque.

Zam. ¿A mi buque...? y bien, os habrán dicho...

Art. Nada me han dicho, porque no pude llegar á él.

Zam. (Soy dichoso.)

Lio. Supuesto que os tenemos ya aqui, me parece que tratemos de nuestro proyecto... (*Mirando á todos lados.*)

Zam. Esto es lo que urge...

Art. Os comunicaremos nuestros planes, el estado de nuestras fuerzas.

Zam. Sí, es esencial que lo sepa todo.

Lio. Nuestros amigos se reunen aqui esta noche: muchos de ellos han llegado ya á esta posada; pero antes de nuestra conferencia, quisiera que os viesen, que os presenteis á ellos

Art. Yo me encargo de eso.

Zam. Presentado por vosotros... ¡ah! esto es mas de lo que yo pudiera desear. (*Aparte á Batilde.*) Perfectamente... ya soy uno de los gefes de la conspiracion. (*A Lionel.*) ¿Vamos, coronel? (*Toma el brazo de Artur, y entra con él en la habitacion de la derecha.*)

Lio. Sí, si... ya os sigo.

ESCENA V.

LIONEL. BATILDE.

Bat. ¡Imprudentes...! ellos mismos se entregan... ¿Cómo podré avisarlos...? no hay otro medio que este... (*Se sienta á la mesa, y escribe algunas palabras en el libro de me-*

morias. Lionel, que ha ido acompañando á Zambaro hasta el fondo del teatro, vuelve, y viendo á Batilde ocupada en escribir, se queda cerca de ella al otro lado de la mesa.)

Lio. Perdonad, señorita.

Bat. ¡Cómo! ¿todavía estais aqui?

Lio. ¿Os incomodo?

Bat. No señor... creía estar sola, y me entretenia en escribir algunas palabras.

Lio. Ah, ya me acuerdo... es el librito de esta mañana, que contiene vuestras reflecsiones, vuestras observaciones sobre los acontecimientos de vuestros viajes... á lo menos asi me lo habeis dicho.

Bat. Teneis mucha memoria.

Lio. Mucha... y mas curiosidad todavía: esto quizá no es un título muy favorable para grangear vuestra estimacion, pero...

Bat. ¿Sois curioso?

Lio. (*Mirando el libro.*) En estremo.

Bat. Eso es malo... hé aqui una cualidad que me habia olvidado de anotar.

Lio. (*Con alegria y hojeando el libro.*) ¡Será posible! Os dignais de ocuparos en mi...

Bat. ¿Qué haceis?

Lio. Dejadme... os lo suplico.

Bat. como gusteis... (Eso es lo que yo queria. Ya le dejo prevenido.)

ESCENA VI.

DICHOS. JAKSON.

Jak. (*Aparte á Lionel.*) Perdonad, mi coronel... una carta.

Lio. ¿De dónde? (*Jakson mira á todos lados con precaucion poniendo el dedo en la boca.*) ¿A qué viene ese aire misterioso? Di cuanto quieras: delante de esta señorita no tienes que temer.

Jak. Es de parte de una linda jóven...

Bat. (¡Una muger!)

Jak. A quien no conozco... que acaba de llegar con ese caballerito que se da tanta importancia.

Lio. El secretario del gobernador.

Jak. Entré en su habitacion por si se la ofrecia alguna cosa, y me dijo... "Por tu acento conozco que eres un compatriota, un americano. —Me vanaglorío de ello.—En ese caso me atrevo á fiarme de tí. El coronel Lincol ¿está en esta posada?—Desde esta mañana.—Pues bien, toma, por favor dale esa carta; cuidado con entregarla á ningun otro."

Lio. ¿Qué significa esto?

Jak. En este instante entró una señora de una figura noble, pero pálida y melancólica, á quien dijo ella vivamente: "Madre mia, me siento ya mejor: podemos volver á seguir... que pidan los caballos."

Lio. Basta: (*Ofreciéndole una moneda.*) toma...

Jak. ¡A mí, mi coronel, á un patriota...!

Lio. Tienes razon... (*Apretándole la mano.*) Te doy mil gracias; pero déjanos solos.

ESCENA VII.

LIONEL. BATILDE.

Lio. (*Leyendo la carta.*) Permitidme... (Es cosa singular... ¡Qué horror!)

Bat. ¿Qué teneis?

Lio. Nos rodean nuevos peligros.

Bat. ¡Cielos!

Lio. Pero no me arredran... al contrario, siento que con ellos se aumenta mi valor. Yo no tengo secretos para la sobrina del baron de Curville... Tomad, leed esa carta.

Bat. (*Rehusándola.*) ¡Yo!

Lio. Leedla por favor.

Bat. (*Lee.*) "Deseo y espero que conozcais la mano de donde os viene este aviso. Tal vez hago mal en dároslo, pero tambien creo que este mal sería mucho mas grande sino os avisase prontamente. Cualquiera que sean vuestros proyectos, si teneis algunos, renunciad á ellos, porque os observan muy de cerca. Un espía temible, un tal Zambaro, observa todos vuestros pasos. Ayudado de una intrigante, de cuyas gracias y destreza se vale, ha jurado..." (¡Ah! yo me siento morir.)

Lio. No temais... todavía no lo han conseguido.

Bat. (*Sigue leyendo.*) "La casualidad me ha proporcionado saber este complot, y si adivinais quién os da este aviso, conocereis que es demasiado verdadero. Aprovechadlo, y será la única recompensa que podré esperar."

Lio. Ya lo veis, estamos rodeados de espías, de delatores... pero no temais: ya descubriremos á ese Zambaro: con el menor indicio...

Bat. (¡Cielos; qué he hecho!)

Lio. Y si cae en nuestras manos...

Bat. ¿Qué...?

Lio. El interés general es antes que todo: le haré saltar la tapa de los sesos.

Bat. ¡Lionel...!

Lio. Pero ¿qué teneis?

Bat. Nada... no hablemos mas de esto: aqui teneis vuestra carta. Solamente os pido que me volvais mi libro...

Lio. ¿No me habiais dado permiso para leerlo?

Bat. Es cierto... pero...

Lio. ¿De qué proviene esa mudanza? ¿De esta carta tal vez?

Bat. Puede ser.

Lio. ¡Ah! si fuese asi, sería el mas dichoso de los hombres. ¡Me sería tan facil probaros que esta carta ha sido dictada solo por la amistad! Sí, os lo juro: he conocido sin dificultad la mano que la ha escrito: es una amiga con quien he sido criado, y cuyas virtudes, nobleza y alto nacimiento la atraen el respeto y la estimacion de todos. Pero ¡ah! jamas he sentido á su lado este afecto que mi corazon no habia conocido, y que una sola mirada vuestra ha hecho encenderse en mi pecho.

Bat. ¡Lionel!

Lio. Y sin embargo, ¿quereis que os vuelva vuestro libro?

Bat. Mas que nunca.

Lio. Qué oigo... una esperanza... vedlo aqui; pero os advierto que si lo tomais será para mí una señal de que contiene mi felicidad... alguien viene.

Bat. (*Fuera de si toma el libro.*) ¡Gran Dios!

Lio. (*Con alegria.*) ¿Qué habeis hecho?

Bat. ¡Ah! no creais...

Lio. Sí, todo lo creo... lo habeis dicho. ¡Cielos! Artur y el baron.

Bat. (*Yéndose por la puerta del fondo.*) Yo estoy perdida.

ESCENA VIII.

LIONEL. ARTUR. ZAMBARO.

Zam. Os estábamos esperando, coronel; pero entre tanto no hemos perdido tiempo, y nos hemos concertado sobre los puntos principales... estoy enterado de todo, escepto de la hora del ataque, y el punto hácia donde deban dirigirse desde luego nuestras tropas.

Lio. Ya lo decidiremos cuando estemos todos reunidos; pero antes de todo es preciso redoblar nuestra vigilancia, obrar con discrecion, porque acaban de avisarme que observa nuestros pasos un espía temible... un tal Zambaro. ¿Le conoceis?

Zam. ¡Quién...! yo conocer semejante clase de gente...

Art. ¡Zambaro! esperad... ya le tenemos.

Zam. ¿Qué decis?

Art. Que á lo menos tenemos medios de descubrirle, porque estos papeles que me entregó esta mañana el posadero vienen dirigidos á un tal Zambaro: vedlo.

Zam (¿Qué significa esto?)

Lio. (*Viendo á Artur que abre el paquete.*) ¿Qué haceis?

Art. Abrirlo... un espía está fuera del derecho de gentes. (*Leyendo.*) "Meir Herr."

Esto está en aleman: ¿entendeis el aleman?

Zam. Ni una palabra.

Art. Ni yo; y me parece que no nos servirá esto de nada. Sin embargo, aqui hay una carta de un posadero de Nuevà-York, que se puede leer, y dice que Herman Zambaro antes de morir...

Zam. (¡Mi pobre hermano!)

Art. Le habia suplicado que hiciese llegar estos papeles todos juntos... papeles muy importantes, á su hermano Pedro Zambaro, que reside en Boston.

Zam. Dadme...

Art. Vos no sabeis el aleman.

Zam. Teneis razon.

Lio. Quizá lo entienda alguno del regimiento, alguno de mis amigos.

Art. Decis bien. Venid, coronel; y si, como espero, nos dan estos papeles señas de nuestro observador, yo me encargo de darle la paga por sus buenos servicios.

Zam. Y harèis bien.

Art. ¿Es verdad?

Zam. (Y lo mereceria si fuera tan torpe que se dejase pillar.) (*Lionel y Artur entran en la habitacion de la izquierda.*)

ESCENA IX.

ZAMBARO.

Pero eso es lo que veremos: alerta, Zambaro; no hay que perder tiempo: cuando uno tiene una buena cabeza, y ésta peligra, no hay otro medio para defenderla que hacer tambien peligrar la del enemigo, y esto no tardará mucho. Ya tengo en mi mano todos los

medios para estorbar sus designios, y haciendo saber al gobernador lo que he podido penetrar de sus proyectos... Pero mi pobre Herman... mi hermano... ¡en qué momento me dan la noticia de su muerte! ¡No atreverme á reclamar esos papeles, donde sin duda me participa su última voluntad y me da el adios postrero! (*Enjugando una lágrima.*) ¡Qué diablo! no es llanto lo que debo tributar á su muerte... Venganza, sí; es preciso vengarle del enemigo comun, de todo el mundo... y empezar por aqui. (*Se pone á escribir.*)

ESCENA X.

ZAMBARO. BATILDE.

Bat. Y bien, ¿qué novedades tenemos?

Zam. Escelentes: me querian fusilar: ¡á mí... á Zambaro!

Bat. ¡Cielos!

Zam. En persona; pero gracias á estas notas que he escrito al gobernador, seré yo quien tenga el honor de hacer otro tanto con ellos.

Bat. ¡Cómo! ¿Lionel y sus amigos?

Zam. Seguro: ¿querrias tú mejor que fuese yo?

Bat. ¡Vos, tio mio!

Zam. No hay medio: es preciso que sean ellos ó yo, y mi eleccion está hecha... (*Escribiendo.*) Sorprender los conjurados... cerrar la puerta... ¿Pero cómo he de hacer llegar esta carta á manos del gobernador?

Bat. (*Con alegría.*) Es imposible.

Zam. Verdaderamente... imposible: si nos alejamos de aqui pueden sospechar... (*Oye la voz de Cokney que habla fuera.*) El secretario íntimo... ¡magnífico! el cielo me le envia.

ESCENA XI.

DICHOS. COKNEY. (*Hablando hácia dentro.*)

Cok. Voy á pagar al posadero, y marcharemos al instante.

Zam. ¡Eh, caballero!

Cok. Eso es á mí... ¿qué?

Zam. Dos palabras.

Cok. ¡Ah! ¡ah! ¿Todavía estais aqui?

Zam. Silencio.

Cok. ¡Cómo! ¿pues qué...?

Zam. Cuando me reconocisteis esta mañana por poco no lo echais todo á rodar.

Cok. ¿Cómo á rodar?

Zam. Sí, cometísteis una torpeza.

Cok. ¿Eh? (*Picado.*)

Zam. ¿Os habeis picado?

Cok. Un poco.

Zam. Pues ahora podeis reparar vuestro desacierto llevando esta carta á S. E. (*Cerrando la carta.*)

Cok. Yo... Dios me castigue... ¿con que vos, un bohemio se atreve á darme órdenes?

Zam. Y os aconsejo que las obedezcais, si estimais en algo vuestro empleo y vuestra vida.

Cok. ¿Que si estimo? De todo corazon. Pero es cosa rara... es preciso venir á América para ver cosas como estas. ¡Uf! voy al instante.

Zam. (*Llamándole al tiempo de salir.*) Secretario...

Cok. ¡Qué! ¿Se ofrece todavía alguna otra cosa?

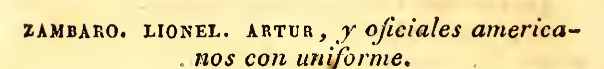
Zam. Sí, una palabra: traedme la respuesta de S. E., y decidle que esta noche le enviaré las demas noticias...

Cok. Yo no comprendo esto... un secretario de gobierno transformado en estafeta... es original. En fin, yo estoy metido en todos los secretos y no sé ninguno.

Zam. ¡Eh! No os detengais... marchad pronto: ahí estan. (*A Batilde.*) Y tú vete tambien

Bat. (¡Todavía temer por su vida! ¡Ah! maldita la hora en que recibí la mia.)

ESCENA XII.



ZAMBARO. LIONEL. ARTUR, *y oficiales americanos con uniforme.*

Lio. Venid, amigos mios: cerrad las puertas, y poned algunos vigilantes al rededor de la casa. (*Mirando al rededor.*) Gracias al cielo, el momento ha llegado, y todo parece favorecer nuestros deseos. Aqui teneis al generoso francés... que á la cabeza de una multitud de jóvenes ansiosos de pelear, no ha dudado un momento en atravesar los mares para participar de nuestros peligros y de nuestra gloria. Mostrémonos dignos de tan noble interés, y hoy mismo, en mengua de nuestros opresores, rompamos las cadenas tanto tiempo regadas con nuestras lágrimas.

Todos. (*Con entusiasmo.*) Estamos prontos.

Zam. Dichoso el que derrama su sangre por tan noble causa.

Lio. No perdamos un momento. Entre tanto que vamos nosotros á dar las últimas disposiciones, (*A un oficial.*) cuidad vos de que á las cinco esté encendido el fanal de Bacon-Hill: esta es la señal convenida para avisar á todos los pueblos de la comarca.

Zam. (¡ El fanal !)

Lio. (*A dos oficiales.*) Vosotros dos marchad á Lexington y reunid las milicias provinciales.

Zam. (¡ Lexington !)

Lio. Que marchen toda la noche. Baron, que esten prontos á desembarcar nuestros amigos: yo os indicaré el sitio mas favorable. Vos, Artur, mientras voy á recorrer los puntos, esperadme en mi habitacion. Tengo que daros algunas instrucciones. (*En voz baja á Artur.*) (Una carta para mi madre... si muero.) A las siete, señores, el ataque general.

Zam. (A las cinco estarán todos presos.)

Lio. (*Con orgullo.*) Y mañana...

Todos. (*Con entusiasmo.*) ¡Libertad!

Lio. (*A Batilde, que sale en este momento.*) ¡Ah! señorita... estais aqui; venid... participad de nuestro contento. ¡Ah! este dia es el mas feliz de mi vida.

Bat. (*Con voz turbada.*) Coronel, yo rogaré por vos...

Lio. Pero no puedo detenerme: los momentos son preciosos: hoy no debo ocuparme sino de mi patria: mañana tal vez me será dado pensar en mí.

Bat. (¡Mañana!) (*Varios criados atraviesan el teatro con platos, ponche y vasos.*)

Lio. Amigos... aqui teneis con que brindar á la libertad de la América.

Art. A la muerte de sus opresores.

Lio. Entrad. (*A Batilde.*) Vos, entre tanto, sereis nuestro ángel protector; pedid al cielo por nosotros; él os oirá.

Bat. (¡Rogar por él cuando le he vendido!)

Entra en la habitacion de la derecha ocultando el rostro entre las manos; Zambaro, Artur, Lionel y los oficiales se van por el lado opuesto.



ACTO CUARTO.

El teatro representa la habitacion de Lionel en la posada de la Corona. A la derecha una puerta que da á un corredor; á la izquierda la puerta de un gabinete: en el fondo una alcoba; hácia el proscenio á la derecha del actor una mesa con papeles, y al lado opuesto otra mesa pequeña y dos sillas. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

BATILDE. (*Entrando por la derecha: trae una luz que deja sobre la mesa.*)

No ha venido aun... le esperaré. Sí, lo sabrá todo. Pero, ¿cómo decírselo sin esponer á mi tio á su resentimiento? Me acusaré mas bien á mí misma... le diré... no sé todavía cómo decírselo... No importa, que piense lo que quiera, que me desprecie, que me deteste, pero que se salve. Alguien viene... no... nadie... Sola en esta habitacion en medio de la noche... Tiemblo al menor ruido como la hoja en el árbol. Es la primera accion buena que hago, y tiemblo... (*Se acerca á la mesa.*) Una carta empezada... á su madre. Tal vez habrá tambien contestado á la señorita que le escribió esta mañana... ¡Ah! qué dichosa es... ¡He preguntado y me han dicho que es la hija del gobernador... ella tiene riquezas, alto nacimiento, virtu-

des... y yo... yo nada de esto puedo ofrecerle. Por otra parte, ella viene á salvar su vida... y yo á venderla. ¡Ah! cuando sepa quién soy, ¿qué sentimiento le inspiraré? No quiero pensar en esto... Tal vez me arrepentiria... No me engaño... viene gente... (*Se acerca á la puerta.*) Es Artur y mi tio, que debian venir aqui... Todo se me olvida... ¿Qué escusa daré si me encuentran en este sitio? ¡Ah! este gabinete... esperemos á que se vayan. (*Se esconde en el gabinete de la izquierda.*)

ESCENA II.

ZAMBARO. ARTUR. (*Que entran por la derecha.*)

Zam. ¿No ha vuelto?

Art. Habrá ido á recorrer por sí mismo los barrios... A propósito, baron, habeis avisado á bordo...

Zam. La chalupa ha partido delante de mí. ¡Por vida...! Ya vereis trescientos valientes que darán que hacer alguna cosa á los ingleses. (Si yo supiera dónde encontrar uno...)

Art. A fé mia, baron, que sin su aucsilio seria muy dudoso el écsito. Nuestros americanos estan llenos de ardor y entusiasmo, pero tan poco acostumbrados al fuego...

Zam. (Bien, asi se acabará mas pronto.) Y nuestro espía... y aquellos papeles... ¿habeis sacado alguna cosa en claro?

Art. Nada: sois desgraciado: ninguno de mi compañía sabe una palabra de esta maldita lengua.

Zam. (Perfectamente.)

Art. Yo les he dado mil vueltas en todos sentidos, y al fin no he logrado entender nada.

Zam. ¿Son estos? Dádmelos.

Art. ¿A vos, baron?

Zam. Si; no me habia acordado... mi sobrina sabe traducirlo perfectamente.

Art. ¡Cómo! ¿Entiende el aleman?

Zam. Su marido, el conde de Barnel, que murió al servicio de Austria, era de ese pais.

Art. Bien, bien. (*Dándole el paquete.*)

Zam. (Ya los tengo.)

Art. Y volviendo á vuestra sobrina, baron, ¿sabeis que es encantadora?

Zam. Si, no es mala.

Art. ¡Vaya! Tiene una fisonomía distinguida, una gracia, un talento...

Zam. Voto á... amigo mio... qué fuego... cualquiera que os oyese diria que...

Art. ¿Y por qué no? Por ser capitan de caballería no deja uno de ser sensible... pero antes de todo es la amistad y la subordinacion militar... el coronel está perdidamente enamorado...

Zam. ¡Cómo!

Art. Solamente teme que no seais gustoso...

Zam. ¿Por qué no?

Art. Es de un carácter singular... un hombre que tiene tanta calma y sangre fria, talento, valor... perder asi la cabeza por un talle gracioso, por una cara linda... Ayer estaba tan serio... es la primera vez que le he visto realmente enamorado, y de tal modo, que se ha empeñado en que ha de ser vuestro yerno. Sobrino

Zam. ¡Será posible...!

Art. Él mismo me lo ha dicho.

Zam. No sabrá sin duda que nuestra posicion, nuestras cortas riquezas...

Art. ¡Oh! no... eso es lo de menos... Lionel es el mas rico propietario de la colonia. "Sí, amigo mio, me decia esta tarde, si triunfamos mañana, y ecsisto aun, me caso con ella." Pero... alguien viene.

Zam. (¡Gran Dios! ¡qué he hecho...! esto vale mas que todas las recompensas que pueda darme el gobernador.) ¡Ese pobre cororonel...! (Y yo que acabo de venderlos... ¿cómo salvarlos?)

Art. Aqui está.

ESCENA III.

DICHOS. LIONEL. (*Embozado en una capa, que deja luego sobre una silla: al mismo tiempo pone dos pistolas sobre la mesa.*)

Lio. ¿Me esperabais, señores?

Art. Sí, mi coronel... ¿y bien...?

Lio. Todo está tranquilo: nuestros amigos han marchado á Lexington; la plaza de Funel-Hal está desierta... ni un centinela inglés hay en ella. No se observa movimiento alguno en los cuarteles. Todo está completamente tranquilo.

Art. Es preciso aprovechar...

Lio. La palabra de orden está dada. Baron, he mandado que me despierten apenas se aperciba en la bahia de Charleston la bandera de vuestro buque.

Zam. Bien.

Lio. Y entre tanto, amigos mios, id á descansar un rato...

Art. Coronel, no me hablásteis de una carta para vuestra madre...

Lio. Es aquella: perdonad... dos palabras todavía... *(Se sienta á la mesa y escribe.)*

Zam. (Mientras mas pienso en este proyecto... ¿cómo volverme atras? No importa, es preciso... estos valientes jóvenes... ¡Es tan justa su causa! Hacer nuestra fortuna y la felicidad de Batilde... Sí, los salvaré... ¡Ah! estos papeles de Herman... yo los leeré en el camino.)

Lio. Amigo Artur... ¿sabeis lo que teneis que hacer...?

Art. No tengais cuidado... al menos que yo tambien...

Lio. Señor baron, quisiera hablaros esta noche de ciertos proyectos; pero mañana, si es tiempo todavía, si salimos vencedores... sino lo somos, si la suerte nos hace traicion...

Zam. ¡Qué! dudais...

Lio. Teneis razon, no hablemos de esto: *(A Artur.)* amigo mio, *(A Zambaro.)* padre mio... abracémonos, *(Se arroja en los brazos de Zambaro.)* y que mañana el sol naciente alumbre un pais libre... á Dios, amigos mios. *(Los dos apretándole la mano.)* A Dios, coronel.

ESCENA IV.

LIONEL. *Despues* BATILDE.

Lio. *(Echando el cerrojo á la puerta.)* Sí, li-

bre; y si sucumbimos... una esclavitud eterna... ¡cuántas víctimas! ¡Ah! no me atrevo á fijarme en esta idea horrorosa. No... todo está previsto; Washington viene á la cabeza de un ejército, los franceses nos ayudan, los franceses, á quienes estimo hoy aun mas, como hermanos de Batilde. A la verdad me avergüenzo de mí mismo: en el momento de ejecutar el mas vasto designio... no se aparta de mí la imágen de Batilde... de Batilde, á quien apenas conozco, y que ha desterrado de mi corazon á la pobre Henriqueta, á quien debo tanto amor. (*Se abre la puerta del gabinete de la izquierda, y se deja ver á Batilde.*) ¡Cielos, qué veo!

Bat. Se han marchado.

Lio. ¿Es sueño? Vos, señorita...

Bat. Silencio... os lo suplico... cuando sepais el motivo que me trae...

Lio. ¡Ah! sea cual fuere, yo lo bendigo, pues me proporciona el placer de veros á mi lado. ¡Al lado de Batilde, cuya presencia es para mí el colmo de la dicha!

Bat. Coronel... (*Rechazándole.*)

Lio. No temais... estamos solos... y mi amor...

Bat. Lionel... os equivocais si habeis creido...

Lio. ¡Cómo! En efecto, esa agitacion... ¿A qué habeis venido aqui?

Bat. A salvaros.

Lio. ¿A mí...?

Bat. Vuestros proyectos han sido descubiertos.

Lio. ¡Qué oigo!

Bat. Estais perdido, y vuestros amigos tambien.

Lio. ¡Gran Dios!

Bat. Por piedad, no os oigan.

Lio. ¡Ah! Batilde... decidmelo todo, nombrad al traidor... no vivirá un minuto.

Bat. No, no me pregunteis mas: contentaos con saber lo que puedo deciros sin ser perjura, y escuchadme. El gobernador está instruido de todo; si dais un paso, sois perdidos; asi, guardaos de salir ni atacar, ó sereis sorprendidos con las armas en la mano, y todo el poder del mundo no os podrá salvar.

Lio. (*Despues de un instante de silencio.*) Yo no vuelvo de mi sorpresa.

Bat. Y bien... ¿qué pensais hacer?

Lio. (*Despues de un momento de reflecsion.*) Atacar.

Bat. ¡Cielos!

Lio. La suerte está echada.

Bat. (*Juntando las manos.*) Lionel, yo os lo suplico, os lo pido de rodillas.

Lio. No está en mi mano paralizar el movimiento. Y ademas, ¿cómo lo he de hacer por una causa, por un aviso tan vago? ¿Quién ha descubierto nuestros proyectos? ¿Por dónde lo sabeis? ¿Quién os lo ha dicho?

Bat. No os lo puedo decir.

Lio. Y ¿cómo quereis entonces que crea ese interes que os tomais por mí?

Bat. Este interes es muy grande; os lo juro... ¿Mi presencia en este sitio no os dice lo bastante? ¿No lo he arrostrado todo por hablaros?

Lio. ¡Ah! si... os creo... ¿pero qué pruebas he

de dar á mis amigos, á vuestro mismo tio, que se ha espuesto por nosotros?

Bat. ¿Y si no fuese el baron de Curville?

Lio. ¿Qué decis?

Bat. Si yo misma os hubiese engañado...

Lio. No es posible... acabad... decídmelo todo.

Bat. No me pregunteis mas.

Lio. Es preciso... ó corro al instante á dar la señal.

Bat. Esperad... os lo diré... no os ocultaré nada. Es preciso amaros como yo os amo para hacer semejante confesion. ¡Lionel! (*Lionel la mira con ternura.*) Esa mirada de amor será la última que echarás sobre esta infeliz. Pero tú lo quieres... (*Con voz turbada.*) Yo soy una miserable... la última de las mugeres... he vendido tu cabeza.

Lio. Vos... ¡Gran Dios!

Bat. Yo soy la encargada de espiar tus pasos, de descubrir tus secretos, y venderlos al gobernador, que nos paga... sí, Lionel... que nos paga nuestra traicion.

Lio. No, yo no puedo creer...

Bat. No os diré para justificarme que entregada desde mi infancia á hombres perversos, me han criado en la ignorancia del bien y del mal; han vendido mi juventud... la han marchitado. Sí, vais á conocerme de una vez. Hasta hoy no me habia conocido yo misma... al romper el velo que cubria mis ojos me he estremecido de horror... se han apoderado de mi alma la vergüenza y los remordimientos, he detestado mi vida, y resuelta á abandonar un proyecto tan infame, me he espuesto á todo por salvaros... á todo... hasta á vuestro desprecio.

Lio. ¡Ah! no lo creais... no... no hay faltas que no pueda espiar semejante arrepentimiento: os basta conocer la virtud para volver á ella, para amarla.

Bat. Amarla yo... no... me engañaria á mí misma. No es á la virtud, es á vos á quien amo. Este cambio que veis en mí, esta mutacion del mal al bien, á vos solo y á vuestro amor lo debo... ¡Ah! salvaos, salvaos por piedad... á lo menos que no sea inútil mi vergüenza. No perdais tiempo... huid.

Lio. Es tarde... Gracias á vuestro aviso, podria yo tal vez sustraerme al peligro... pero abandonar asi á los desgraciados á quienes he puesto las armas en la mano, y que en este momento sin duda vienen á reunírsenos... no, yo no puedo abandonarlos.

Bat. ¿Y qué vais á hacer?

Lio. Morir con ellos... al menos que un golpe atrevido... desesperado... si pudiésemos anticiparnos al gobernador, penetrar en su palacio... y apoderarnos de su persona.

Bat. Yo sé los medios.

Lio. ¿Qué decis?

Bat. Él mismo nos los ha dado.

Lio. ¡Oh mi ángel tutelar!

Bat. Escuchad. A cualquiera hora de la noche que os presenteis sereis recibido en su habitacion con estas palabras: *Inglaterra y Bohemia*: es la señal convenida.

Lio. Basta.

Bat. Corred, salvad vuestra vida y la de vuestros amigos; pero antes de separarnos para siempre decidme que me perdonais, que no me despreciais.

Lio. Yo despreciarte... separarme de tí, no: yo te consagro desde hoy esta vida que te debo... es tuya; te pertenece á tí sola.

Bat. ¡Pertenecerme! nunca... no lo merezco... solo mi corazon es digno de tí... pero supuesto que no me maldices, pues toleras mi presencia, soy bastante dichosa... te seguiré por todas partes, te serviré, seré tu esclava... ¡Cielos! alguien viene.

Art. (*Fuera.*) Coronel, coronel, abrid.

Bat. ¡Oh Dios!

Lio. Es Artur.

Bat. No es tiempo tal vez.

Art. Abrid; se trata de vuestra seguridad.

Bat. Aqui... sola... soy perdida... no importa... tu vida es lo primero.

Lio. Y antes tu honor. (*Señalando á la alcoba.*) Pronto, escóndete, alli... (*Se esconde Batilde: Lionel corre á abrir la puerta.*)

ESCENA V.



LIONEL. ARTUR, *que trae agarrado á Zambaro.* BATILDE *escondida.* DOS SOLDADOS *que siguen á Artur.*

Lio. ¡Qué veo!

Art. Traicion: que no pueda escaparse. (*A los soldados.*) Guardad esa puerta.

Zam. Señor...

Art. No te muevas, desgraciado.

Lio. ¿Qué ha sido?

Art. Ese traidor, que salia de la posada preguntando á un marinero por el palacio del gobernador.

Lio. ¡Cómo!

Zam. (¡Maldicion! yo queria salvarlos.)

Art. Iba á descubrir nuestros proyectos.

Lio. ¿Qué pruebas teneis? El baron...

Art. No es el baron.

Lio. ¡Cómo!

Zam. Os atreveis...

Art. Estoy seguro: acabo de ver no hace mucho tiempo al verdadero Curville.

Lio. ¡Curville!

Zam. (¡Oh desgracia! no lo habia previsto...)

Art. No me cabe duda... me ha enseñado vuestras cartas... su comision... viene á prevenirnos que no puede hacer otra cosa que morir con nosotros. Los socorros ofrecidos no han llegado... está solo, nos falta todo; y en el momento en que venia á participaros estas noticias tristes, sorprendí á este miserable...

Lio. ¿Y dónde está el baron?

Art. Ha vuelto á su buque para enviarnos pólvora, armas, todo lo que pueda.

Zam. (!Ha partido!) Es una impostura; que me confronten con él.

Lio. Un momento... Ya estaba yo instruido de tu traicion; pero esto no basta. Tú has tenido conferencias secretas con el gobernador, sabes sus designios, y es preciso que nos los digas al instante.

Zam. Señores, estais engañados... os juro que ignoro absolutamente... y... (*Llaman á la puerta.*)

Lio. Silencio... ¿Quién viene? (*Abre.*)

ESCENA VI.

DICHOS. UN CRIADO.

Cri. El secretario del gobernador.
Lio. ¡El secretario!
Cri. Viene embozado en una capa, y pregunta por el baron de Curville.
Zam. Voy.
Lio. No, no es necesario.
Zam. Pero...
Lio. Quedaos aqui... á la menor palabra ó señal sois muerto. Artur, observadle vos. (*Artur hace sentar á Zambaro en una silla cerca de la mesa pequeña que está á la izquierda, y se pone á su lado, observando sus movimientos, con una pistola en la mano.*)
Lio. (*Al criado.*) Que entre el secretario.
Zam. (A fé mia que el mismo Federico el Grande se hubiera visto apurado para salir de este lance.)

ESCENA VII.

DICHOS. COKNEY. (*Embozado en una capa.*)

Cok. El señor Curville.
Lio. Vedle aqui... no temais... todos somos del partido del señor baron.
Art. (*Observando los movimientos de Zambaro.*) Y sus mejores amigos.
Cok. (*Con aire de inteligencia.*) Ya entiendo... (*Sonriéndose.*) Es su estado mayor... en efecto, me parece haber visto otra vez á es-

tos señores. (*Desembozándose.*) ¡ Por vida...! Cuánto me alegro de poder hablar una vez con franqueza. (*A Zambaro.*) S. E. queria enviaros uno de sus oficiales, pero como ninguno de ellos os conoce, ha temido no cometiese alguna torpeza, y contando con mi inteligencia y sutileza... ¡ oh ! yo estoy seguró de no engañarme.

Zam. (Lindamente.)

Lio. y *Art.* ¿ Y bien ?

Cok. Todo va perfectamente... S. E. ha recibido vuestra carta.

Art. (*Bajo á Zambaro.*) ¡ Ah ! traidor.

Cok. ¡ Eh ! ¿ qué es eso ?

Lio. Nada, temiamos que fuese interceptada.

Cok. ¡ Oh ! no : se han tomado al momento las medidas que indicásteis.

Art. (*Aparte á Zambaro, que quiere hablar.*) ¡ Calla !

Cok. Doce hombres se han apoderado de Bacon-Hill para impedir que enciendan el fanal... el regimiento de fusileros y los soldados de marina marchan sobre Lexington, para desarmar á los rebeldes, lo que me parece que no será dificil.

Zam. (*Haciéndole señas con los ojos.*) Nada entiende.

Cok. En fin, á las cinco en punto todos los gefes de la conspiracion serán presos en sus casas.

Art. y *Lio.* (*Mirándose.*) ¡ A las cinco!

Zam. (¡ Imbécil !)

Cok. ¿ No es esto lo que dijisteis... ?

Lio. (*Tomando una pistola.*) Basta... sabemos lo bastante.

Cok. ¿ Cómo...? ¡ qué, qué es esto, señores!

Lio. Poco ruido... sir Cokney... es muy tarde para volver al palacio de S. E., sobre todo para una persona que no conoce las calles de Boston. (*Señalando al gabinete.*) Entrad alli. (*A Artur.*) Poned un centinela debajo de la ventana.

Zam. (No hay remedio.)

Cok. Esperad... esplicadme por favor... señor baron...

Art. Nada de esplicaciones.

Cok. ¡ Ah ! ¡ Dios mio...! ya entiendo... he caido en una emboscada. Señores, yo os ruego que me trateis con toda consideracion, si no es desconocido en estos climas bárbaros el derecho de gentes. (*Se encierra en el gabinete.*)

Lio. (*A Zambaro.*) En cuanto á tí, miserable, da gracias á un acontecimiento que protege aun tu vida. (*A Artur.*) Que se le observe constantemente : voy á mandar venir cuatro de nuestros soldados para custodiarle... y si pretendiese huir, que le hagan fuego.

Art. ¿ Pero qué hemos de hacer entre tanto? El gobernador está informado... á las cinco...

Lio. Nos quedan dos horas todavía : ataquemos al momento. (¿ Y Batilde...? es preciso sacarla de aqui... alejemos á Artur.) Reunid nuestros amigos ; corred, apoderaos del fanal, y encendedlo : desarmad á la guardia inglesa que está alli : despues marchad sobre Bunkers'hill. Con la marcha de los fusileros y soldados de marina habrá quedado este punto sin guarnicion : apoderaos del reducto, que nos hará dueños de la bahia ; si nuestras mi-

licias logran forzar el paso se nos reunirán; si sucumben moriremos todos, pero no será sin venganza. Prevenid á Jakson, Villiam y los voluntarios... por mi parte tengo un medio para llegar hasta la cámara del gobernador.

Art. ¿Cuál es?

Lio. Ya os lo diré... solamente á vos me atrevo á confiar este proyecto... pues es necesario que se derrame sangre, la suya será la primera: seguidme.

ESCENA VIII.

ZAMBARO.

¡Maldicion...! Todo se ha perdido; es imposible salir. Creo que han puesto ya los centinelas... ¡Oh! no lo siento por mí... fusilado ó ahorcado, todo viene á ser lo mismo; pero ¡Batilde...! ¡mi pobre Batilde...! ¿Cómo pudiera decirla lo que acaba de suceder? ¿Cómo instruirla...?

ESCENA IX.

BATILDE. (*Sale de la alcoba, y oye las últimas palabras de Zambaro.*)

Bat. Héme aqui... ¿qué me quereis?

Zam. ¡Tú! ¿de dónde has salido?

Bat. No sé... he oido vuestra voz...

Zam. Hija mia, todo se ha perdido: esto va mal para mí... pero no te aflijas... esto me importa poco con tal que seas tú feliz. Toma

estos papeles, que estaba yo temiendo me quitasen, y que aseguran para siempre tu felicidad. Tú estás libre; esos centinelas te dejarán salir. Si es tiempo todavía procura salvarme; sino déjame morir... sí, yo moriré sin temor, pues que ya no tienes necesidad de mí.

Bat. ¿Qué decis?

Zam. Que tienes ya padres... que esos papeles te harán reconocer como hija de una ilustre familia.

Bat. ¿Será verdad? Lionel, Lionel... en vano le llamo... ha marchado, ha ido á sorprender al gobernador.

Zam. ¿Qué dices?

Bat. Sí, sí, y yo misma le he proporcionado los medios de lograrlo. A favor de la seña que os dió el gobernador, y que yo le he confiado, puede llegar hasta él... é inmolarle.

Zam. Inmolarle... ¿á quién...? ¡á tu padre!

Bat. ¡El gobernador!

Zam. El mismo.

Bat. ¡Ah! ¡maldicion...! yo he nacido para hacer traicion á todo el mundo... el crímen me rodea por todas partes... ¡mi padre...! ¡mi padre! corramos... tal vez será tiempo todavía... corramos á salvarle y á morir con Lionel.

(*Sale precipitadamente por la puerta de la derecha: Zambaro quiere seguirla; dos soldados aparecen en este momento y cruzan sus fusiles para cerrarle el paso.*)

ACTO QUINTO.

El teatro representa una sala del palacio del gobernador.

ESCENA PRIMERA.

LORD GAGE. *Muchos oficiales.*

Gag. Marchad: que se ejecuten prontamente mis órdenes. Que avisen al coronel Clinton, que corra á los cuarteles y ponga la tropa sobre las armas. (*Llamando á un oficial.*) Burgon... una palabra todávía. Si el pueblo procurase unirse á los rebeldes, esos tres oficiales que acabamos de prender con las armas en la mano... ya me entendeis... al momento... (*Se van los oficiales: lord Gage se pasea agitado; tendrá una carta en la mano.*) No... nunca he esperimentado una sensacion semejante: esta carta, esta carta... es tal mi emocion que apenas tengo valor para ocuparme en los peligros que en ella me advierten. (*Leyendo.*) "Milord, una hija á quien habeis llorado largo tiempo, pero que no merece vuestras lágrimas, no se atreve en este momento á arrojarse á los pies de un padre que tiene demasiados motivos para aborrecerla; pero esta hija quiere y debe advertiros de los peligros que os ame-

nazan, que van esta misma noche á estallar sobre vuestra cabeza. Zambaro está preso; la seña por la cual le era permitido llegar hasta vos ha sido vendida á vuestros enemigos, los que por este medio pudieran penetrar hasta vuestra habitacion. Velad por vuestra vida, sí, por esa vida que debo y deseo conservar." Será sueño... ¡ah! solamente de la mano de Clara pudiera ser este aviso, del único objeto de mi amor... y la vuelvo á ver... ¡Grán Dios, y en qué momento! ¿Quién viene? es Henriqueta.

ESCENA II.

HENRIQUETA. LORD GAGE.

Henr. ¡Cómo! ¿Tan temprano levantado...?

Gag. ¿Y tú?

Henr. He oido rumor en vuestra habitacion, y esto me tenia inquieta.

Gag. Me ha despertado un posta que ha corrido mas de dos millas en diez minutos para traerme esta carta.

Henr. ¿Tan importante es...?

Gag. Sin duda: me anuncia un complot que acabo de desbaratar; pero este posta no ha podido decirme nada acerca de la persona á quien debo tan importante aviso. ¡Con tal que la hubiese vuelto á encontrar, y la hubiera dado órdenes...! Quien quiera que sea, que venga: mis brazos estan abiertos para ella. (*Como escuchando.*) (¡Eh! ¡Qué oigo!)

Henr. ¿Qué teneis, padre mio?

Gag. Nada, Henriqueta. (Creo que á pesar de

la moderacion que le he recomendado, lord Clinton se ha visto precisado á disparar sobre los rebeldes. Mejor es esto que prisiones y trámites judiciales: nadie es responsable de un motin, sino los que perecen en él.)

Henr. El ruido se aumenta: ¿qué significa esto?

ESCENA III.

DICHOS. COKNEY.

Cok. ¡Qué horror...! ¿No hay nadie que reprima esos revoltosos?

Gag. Cokney, ¿qué es eso?

Cok. ¡Ah! ¿Estais aqui, milord? Vengo á pediros venganza; se ha violado en mi persona el derecho de gentes... me han puesto preso.

Gag. ¿Quién?

Cok. Ese Zambaro, á quien me habeis enviado: es decir, él no, sino sus amigos, ó sus enemigos, que esto es lo que yo no sabré decir; y V. E. no debia haber tratado con semejantes gentes.

Gag. (*Con frialdad.*) Quizá teneis razon.

Henr. ¿Y cómo os habeis escapado?

Cok. Por una ventana baja que daba al campo, de ocho pies de altura: en estos lances tiene uno valor... yo me eché á correr, y no paré hasta llegar al camino real, donde encontré dos compañías del regimiento de guardias que abanzaban en buen orden con el arma al brazo. Apenas vi las casacas encarnadas dije para mí: "Ya estoy seguro."

Gag. Por supuesto.

Cok. Pues no : nada de eso ; me fue mucho peor.

Gag. ¿Qué decis?

Cok. Marchamos sobre Lexington, donde fuimos recibidos con unos cuantos balazos.

Gag. Los americanos se han atrevido á hacer fuego primero que nuestras tropas...

Cok. Eran unos veinte paisanos armados de escopetas: íbamos á castigarlos como merecian, cuando de los dos lados del dique nos saludaron con la misma marcialidad. Inmediatamente tocaron alarma, y vimos salir de los pueblos vecinos todos los habitantes armados de palos, hachas y guadañas. El comandante viendo esto gritó: *vuelvan cara al enemigo*.

Gag. Bien hecho.

Cok. No, sino muy mal; porque yo, que estaba á la cola de la columna, me encontré como por encanto á la cabeza, y oía perfectamente los gritos de esos furiosos, que decian: "Mueran los ingleses; fuera las casacas encardadas." Y nuestro comandante los decia todavía mas fuerte: "Canalla americana, retiraos, ú os hago fuego á metralla."

Gag. Y eso debió hacer.

Cok. Y asi lo hizo. ¡Fuego!!! dijo, y en un momento vi caer unos veinte de los mas furiosos; pero los demas volvieron á la carga como si tal cosa. A cada instante se aumentaba su número, llovian piedras por todas partes, el destacamento tomó el paso acelerado, y luego el que le sigue; es decir, que corrieron.

Gag. ¡Cómo! ¿huir delante de los americanos?

Cok. Y á muy buen paso.
Gag. ¿Y los rebeldes?
Cok. Ahora los dejo amotinados á la puerta de vuestro palacio, donde estan deliberando.
Gag. Bien, yo los disiparé.
Henr. ¿Qué vais á hacer?
Gag. Lo que me ordena mi deber: yo no transijo con rebeldes. Venid, Cokney, seguidme.
Cok. Voy, milord. (*A Henriq.*) Perdonad, señorita.

ESCENA IV.

HENRIQUETA.

¡Dios mio! ¡quién hay mas desdichada que yo! Temblar á un mismo tiempo por mi padre y por mi patria... por otro tambien, á quien no me atrevo á nombrar. ¿Si se habrá aprovechado de mi aviso... si habrá renunciado á sus proyectos? ¿Pero quién es esta muger?

ESCENA V.

HENRIQUETA. BATILDE.

Bat. Quiere verme... me llama á su lado... ¡ah! no puedo sostenerme.
Henr. Señorita, ¿á quién buscais?
Bat. Perdonad... vengo aqui por orden del gobernador, á quien quisiera hablar.
Henr. Está ahora ocupado con negocios importantes; pero si quereis le haré llamar.
Bat. No; esperaré. (*Se sienta en una silla á la izquierda del teatro. Henriqueta pasa por detras, la mira con interes, y se acerca á*

ella.) Gracias al cielo, no han sido en valde mis cuidados. Héme ya aqui bajo el techo paternal, estraña, desconocida... yo entro en mi casa temblando, y quién sabe... Tal vez cuando me reconozca... cuando sepa quien soy...

Henr. Dios mio: estais muy agitada... ¿Teneis algun pesar?

Bat. Sí, muchos.

Henr. Tan jóven... ¿cuál es la causa? (*Batilde se levanta.*) ¡Ah! perdonad mi indiscrecion. Si puedo seros útil, si puedo serviros para con mi padre...

Bat. ¡Qué! ¡Sereis vos...!

Henr. La hija del gobernador.

Bat. (¡Mi hermana! ¡ah! ¡qué hermosa es!) (*Mirándola.*)

Henr. ¿Por qué me mirais asi?

Bat. Vuestra presencia me es á un mismo tiempo agradable y funesta. (Esta es la compañera de su infancia; de Lionel...)

Henr. ¿Me conoceis?

Bat. Sí, por los que admiran y aprecian vuestras virtudes. Tienen razon... las primeras palabras de consuelo y de amistad que he oido en estos sitios, las he oido de vuestro labio: no lo olvidaré nunca.

Hen. ¿Quién sois? (*Se oye á lo lejos un cañonazo.*)

Bat. Vuestro padre os lo dirá: yo no me atrevo... escuchad, escuchad... ese ruido lejano...

Henr. Es el estampido del cañon.

Bat. Suena hácia Bunkers'hill, ese reducto donde ahora poco acabo de ver seiscientos americanos, decididos á morir, defenderse contra todo el ejército inglés.

Henr. ¡Qué! ¿habeis estado en medio de ellos?

Bat. Sí; los he seguido: las balas han hecho ya sucumbir á muchos valientes... á muchos honrados y virtuosos ciudadanos. A mí... á mí me han respetado... y cuando su gefe me vió, "retiraos, retiraos, me dijo:" juzgó que no era yo digna de morir con ellos por una causa tan justa.

Henr. ¿Su gefe? ¿quién era?

Bat. No me lo pregunteis.

Henr. ¿Lionel quizá?

Bat. ¡Ah! vuestro corazon os lo ha dicho.

Henr. Acabad, por favor: ¿dónde está?

Bat. (*Señalando al cielo.*) Allí tal vez. (*Se oye un cañonazo y tumulto á la puerta de palacio.*)

Henr. ¡Ah! yo muero. (*Cae desmayada sobre una silla.*)

Bat. Dios mio... ¿qué he hecho? ¡Cuán desdichada soy! ella le ama tanto como yo; pero ¡qué ruido...! (*Mirando á dentro.*) Lionel, Lionel... le he visto, viene á la cabeza del pueblo... las puertas de palacio han sido rotas...

ESCENA VI.

BATILDE. LIONEL. HENRIQUETA. *Varios oficiales.*

Lio. Que nadie me siga: vos, Lecmer, decidle al gobernador que toda resistencia es inútil, y podria ser funesta; que es mi prisionero, y quiero hablarle solo. Vosotros, señores, nada de desórdenes, nada de violencia; que se pongan centinelas en todas las puertas, que ningun esceso desdore la causa de la liber-

tad: hemos tomado las armas, no para violar las leyes, sino para defenderlas. (*Viendo á Batilde.*) ¡Ah! Batilde, ¿con que os vuelvo á ver? Zambaro me lo ha dicho todo; sé quien sois... Sin embargo, sereis mi esposa.

Bat. No, yo no puedo consentirlo. La esposa de Lionel debe ser pura á los ojos de cielo como á los vuestros. Venid... mirad. (*Señalando á Henriqueta.*)

Lio. ¡Henriqueta!

Bat. Sí, Henriqueta: ¡ah! cuán dichosa es... ella es digna de ser vuestra.

ESCENA VII.

DICHOS. ARTUR. *Varios oficiales y soldados.*

Art. Los vengaremos... yo lo juro.

Lio. ¿Quién se atreve á quebrantar mis órdenes? ¿qué quereis? ¿qué pedis?

Art. Justicia: tres oficiales de nuestro regimiento que hizo prisioneros el gobernador, han sido llevados sobre los muros de la ciudadela, y alli, en presencia del pueblo... lo creeriais nunca... han sido fusilados.

Lio. ¡Prisioneros de guerra!

Art. Han creido que los americanos estan fuera del derecho de gentes.

Lio. ¡Qué infamia!

Art. Y bien, la sangre pagará la sangre... he aqui la victima que reclamamos.

ESCENA VIII.

DICHOS. LORD GAGE.

Lio. ¡Milord Gage!

Bat. y *Henr.* (*Arrojándose en los brazos del lord Gage.*) ¡Mi padre!)

Todos. (*Lanzándose hácia el gobernador.*) Muera el gobernador.

Bat. Esperad.

Gag. (¡Qué veo! ¡La sobrina de Zambaro!)

Bat. Esperad, nobles americanos: no imiteis los crímenes que no hace mucho detestábais. (*Á Lionel.*) Y vos, que acabais de libertar vuestra patria, acordaos de que he salvado vuestra vida y la de vuestros amigos: yo reclamo la recompensa. Protegedle, defended su vida, acabad este dia con gloria.

Lio. ¡Ah! Si dependiese de mí, creeis que la piedad...

Art. La piedad... ¿la han tenido ellos con nuestros hermanos?

Todos. Nada de piedad.

Art. Es preciso un ejemplo, es preciso enseñar al universo entero...

Bat. Que habeis sabido vencer y no perdonar, que sois indignos de la victoria, que quereis manchar con un crímen... ¡ah! no es libertad lo que deseais... sangre sí... Pues bien, quedareis satisfechos... yo os ofrezco una nueva víctima; herid á un tiempo al padre y á la hija.

Gag. ¡Mi hija!

Henr. ¡Mi hermana!

Bat. Sí, no me deseches de vuestro lado... so-

lo pido el honor de morir con vos. (*A los soldados.*) Herid ya.

Lio. No... proteged sus vidas. En una causa tan justa no debe correr la sangre sino en el campo de batalla. Antes romped esta espada...

Art. ¡El instrumento de nuestra libertad...! No, mi coronel, la patria tiene necesidad de ella. Conservadla para su defensa... Todos os obedecemos.

Lio. Milord, estais libre. Llevad al rey y al parlamento de Inglaterra los votos de esta colonia... igualdad de derechos, igualdad de impuestos... libertad según las leyes... esto es lo que pedimos con las armas en la mano.

Bat. Os marchais, padre mio... ¿qué disponeis de mi?

Gag. Me seguirás, hija mia.

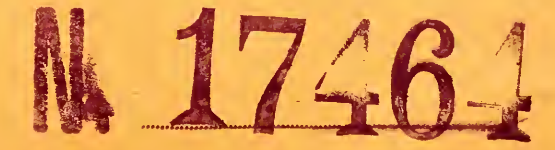
Bat. (*Arrojándose en sus brazos.*) ¡Ah! esa palabra es mi consuelo.

Gag. Bajo otro cielo, en un nuevo mundo, lograremos tal vez olvidar este funesto dia: allí quizá seremos dichosos. (*A Lionel y los americanos.*) Señores, todo lo que puedo hacer por vosotros, es hacer presentes vuestros deseos al parlamento, y desear que sean acogidos.

Lio. Decidle que desde hoy todos los americanos son soldados, que habeis visto en ellos no esclavos sublevados, sino ciudadanos, hombres libres, que á la faz del universo proclaman su independencia, y que sabrán defenderla hasta derramar la última gota de sangre.

Todos. Sí, lo juramos.

FIN.


POLIZA

N 17464